

CERAMICA DE LA PLENITUD COGOTAS I: EL YACIMIENTO DE SAN ROMAN DE HORNIJA. (VALLADOLID)

DELIBES DE CASTRO GERMAN
FERNANDEZ MANZANO JULIO
RODRIGUEZ MARCOS JOSE ANTONIO

I. Introducción

Partiendo del hecho de que la arqueología es una disciplina comprometida en la recuperación, sistematización y estudio de la cultura material del pasado, y asumiendo que a lo largo de gran parte de la historia de la humanidad el artefacto más abundante ha sido con mucho la cerámica, nada de particular tiene que la investigación de ésta disfrute de una posición verdaderamente preeminente entre los estudios prehistóricos (Jones, 1979). Ello aún debe sorprender menos cuando se sabe por amplia experiencia que del estudio de la cerámica, cabe esperar no sólo la escuálida información tipológica de cualquier trabajo sistemático sobre cultura material, sino también tener acceso a otros campos más atractivos como el de los medios tecnológicos de que disponían los fabricantes (el proceso de producción), la comercialización de las manufacturas (dispersión de mercados y reconocimiento de principales áreas de demanda), las pautas alimentarias de los usuarios (adecuación de los formas de los vasos, en principio, a usos específicos), e incluso los gustos artísticos, expresados en este caso a través de las decoraciones vasculares (Millet, 1979).

La cerámica Cogotas I, de los pastores meseteños de la Edad del Bronce, ha sido objeto repetidas veces a lo largo del último medio siglo de la atención de los prehistoriadores. Podemos recordar los trabajos pioneros de Almagro (1939), Bosch Gimpera (1942) o Cabré (1929), en los que se discutía sobre la personalidad de algunas de sus decoraciones excisas; los de Maluquer después (1956), llamando la atención sobre una peculiar técnica decorativa «de punto en raya» (el Boquique); más tarde aún los de Molina y Arteaga (1976), Martín Valls y Delibes (1976), Fernández-Posse (1982), etc. Sólo en Fernández-Posse se constata algún afán sistematizador en el orden tipológico, más referido a decoraciones que a formas. Sin embargo, por lo general, la preocupación de todos estos estudios no reside tanto en conocer la cerámica, en descomponer sus rasgos morfológicos y ornamentales o, más lejos, en analizar los modelos de producción y comercialización de que antes habláramos, como de *interpretarla étnicamente*. Una interpretación con-

flictiva y no poco abstracta que pretendía que las vasijas simbolizaban el código genético de las poblaciones usuarias, erigiéndose, pues, en el mejor exponente de las particulares raíces históricas de cada población. En ese contexto la presencia de excisión o Boquique en los vasos, lejos de ser simple muestra de la particular forma de hacer, del gusto o, incluso, del arbitrio de un artesano, pasaba por ser algo mucho más trascendental históricamente: la prueba, en el primer caso, de un aporte étnico europeo (sobre la base del paralelo con excisiones hallstáticas, de Campos de Urnas o del grupo de los Túmulos), y en el último de una fuerte tradición indígena (alineamiento con las cerámicas de incrustación del campaniforme Ciempozuelos).

En los últimos años la arqueología teórica se ha encargado de desmitificar esta ecuación estilo cerámico=distintivo étnico, demostrando, por un lado, que un cambio radical en las modas alfareras no va necesariamente aparejado con una suplantación poblacional, y apuntando, por otro, algunas posibles causas de que decoraciones muy particulares lleguen a cuajar fuera de los círculos grupo-tribales en los que se originan, sin que ello signifique alteración sustancial de los límites territoriales (Hodder, 1979). Incluso la propia dinámica de las investigaciones tradicionales relacionadas con Cogotas I demuestra el sinsentido de tal actitud y la inviabilidad de rastrear trayectorias étnicas a partir tan sólo de la evolución de los estilos cerámicos. Cabe recordar en este sentido la expectativa existente hace unos años ante la posible identificación de algún yacimiento donde convivieran especies Ciempozuelos y Cogotas I, como panacea para sustentar la conexión entre ambos mundos; sin embargo hoy, satisfecho ese anhelo —recordemos por ejemplo el Arevalillo (Fernández-Posse, 1981)— sólo nos queda comprobar que nada sustancial ha cambiado en la vieja cuestión de la continuidad Ciempozuelos/Cogotas I, y si acaso somos conscientes de que por esa sola vía, sin valorar otros aspectos, por ejemplo funerarios, de poblamiento, económicos y hasta antropológicos, nada esencial resolveremos sobre el particular.

Es ocioso señalar, hechas estas observaciones, que el trabajo que nos proponemos realizar sobre la cerámicas Cogotas I de San Román de Hornija carece de la más mínima intención paleoétnica. Tampoco nos hemos planteado a su través abordar cuestiones de caracterización, origen y dispersión de las producciones alfareras del Bronce Tardío/Final de la Meseta, aspecto sin duda atractivísimo del que se ha hecho eco recientemente Harrison (1984, 290) y en cuya línea hay primicias sugerentes —recordemos el exotismo de los barroes cogotianos del Llante de los Moros, en el Guadalquivir (Martín de la Cruz, 1987, 278), o, al contrario, la condición local de los de Bouça de Frade en el curso inferior del Duero (Oliveira Jorge, 1988, 68-71)— con vistas a una interpretación renovada de la tópica «expansión peninsular de los pastores de excisión y Boquique».

La única pretensión de nuestro trabajo es construir una cronología de base tipológica referida fundamentalmente a la cerámica. Como es bien sabido la trayectoria temporal de Cogotas I es muy dilatada, seguramente entre los siglos XV y IX a. C., correspondiéndose, pues con un Bronce Pleno, Tardío y Final. Algo que llama poderosamente la atención es que todos los intentos de periodización interna de este complejo Cogotas I se han apoyado por lo general en las diferencias

que mostraban las cerámicas a lo largo del tiempo, y sorprende porque se carece prácticamente por completo, salvo en el caso de Los Tolmos de Caracena (Jimeno, 1984), del *Ecce Homo* de Alcalá de Henares (Almagro Gorbea y Fernández Galiano, 1980), o del arenero de Soto (Martínez Navarrete y Méndez Madariaga, 1983), de estudios sistemáticos sobre colecciones de cierta entidad. De este modo sólo ha sido posible una aproximación al tema superficial e insatisfactoria, de la que debe salirse a través de la publicación de conjuntos cerámicos de envergadura, representativos y de cronología firme. En el caso del yacimiento de La Requejada, en San Román de Hornija, concurren ambas circunstancias: existe un bloque homogéneo de materiales, muy nutrido en lo que concierne a la cerámica, y se cuenta con dos fechas de C-14, y el auxilio de la asociación de una fíbula de codo tipo Ría de Huelva, para establecer sus límites cronológicos con alguna fiabilidad — más adelante se fijarán los rasgos principales del yacimiento— entre fines del siglo XI y el despertar del IX a. C.

En definitiva, nos planteamos dotar de significado cronológico a unos materiales de características muy concretas, en el convencimiento de que con ello aportamos una herramienta válida para perfilar la secuencia Cogotas I de la Submeseta norte. Un objetivo que tal vez pueda parecer modesto y poco atractivo cuando el compromiso de la Prehistoria se sitúa hoy en la resolución de problemas de más altos vuelos (poblamiento, organización social, estructuras comerciales...), pero que no debemos olvidar representa el punto de partida inexcusable para llegar a plantearse esas cuestiones de rango superior, en tanto sólo a partir de los estudios de cultura material surgirán hipótesis capaces de transportarnos al plano de los problemas históricos. Un único ejemplo ilustrará convenientemente cuanto decimos; los estudios de arqueología territorial, estrechamente unidos a las prospecciones sistemáticas, constituyen una de las vertientes más cultivadas de la arqueología actual, contribuyendo eficazmente a analizar aspectos tan interesantes como el del poblamiento antiguo. La prospección, empero, no alcanza por lo general sino a recuperar en superficie evidencias de difícil datación como no sea por procedimientos comparativos. Ese riesgo de construir cartas de dispersión con yacimientos no estrictamente sincrónicos, de proyectar en definitiva imágenes deformes del poblamiento pretérito, sólo conseguirá despejarse con ciertas garantías contando con estudios tipológicos previos, del estilo del que presentamos.

II. El yacimiento y su cronología

El yacimiento de La Requejada, en San Román de Hornija (Valladolid), goza de cierto renombre en la bibliografía prehistórica por haber ofrecido uno de los pocos enterramientos que se conocen del grupo Cogotas I (Delibes de Castro, 1978), pero, por lo demás, es una estación arqueológica un tanto irrelevante. Se sitúa en el borde de la primera terraza de la margen derecha del Duero, inmediatamente encima de un meandro fluvial abandonado, y desde ella se domina visualmente una amplia zona, en la actualidad muy desprovista de vegetación, conocida con el expresivo sobrenombre de «Los Monegros del Duero».

El descubrimiento del sitio arqueológico se produjo de forma accidental, en el invierno de 1973, a resultas de abrirse una explotación de grava que ocasionó la destrucción parcial del yacimiento. Tal circunstancia aconsejó la realización de una campaña de trabajos de urgencia entre los meses de julio y agosto de ese mismo año, que corrió a cargo de uno de nosotros (G.D.C.) y que tuvo como objetivo fundamental la excavación del sector de yacimiento más próximo al frente de la gravera. Una vez comprobada en un punto la escasa complejidad estratigráfica del lugar —un nivel vegetal con las huellas de las gavias de una antigua plantación de viñedo; un lecho arqueológico general, de tono muy ceniciento y no más de 25 cm. de potencia media; unas bolsadas de tierra aún más cenicientas, rasgadas en el anterior, con materiales idénticos a los de aquél; y un fondo estéril de gravas rojas, muy cementadas, correspondientes a la terraza— se planteó una excavación en área, llegándose a exhumar, en una malla de cuadrículas de 2×2 m., más de 250 m.² de yacimiento, sin que con ello se agotara realmente el mismo. De hecho, conforme los trabajos avanzaban hacia el sur y el oeste, la levedad de los niveles arqueológicos era cada vez mayor, hasta desaparecer por completo, no así hacia el norte, donde el límite del asentamiento no pudo precisarse al yacer

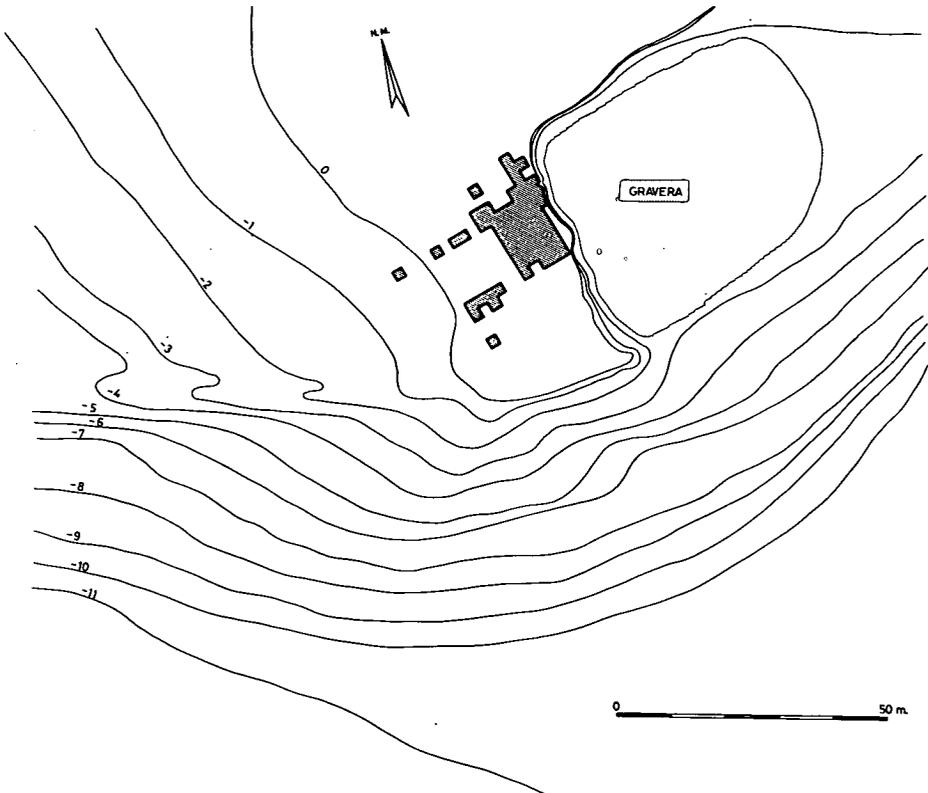


Fig. 1. La Requejada. Emplazamiento y área excavada.

parte del mismo —no sabemos a ciencia cierta cuánta— bajo unos bacillares en explotación. Algunas intervenciones más recientes, de menor alcance, realizadas en este sector bajo la dirección de M. Seco y F. J. Pérez Rodríguez (en 1983), y J. C. Iglesias y A. Palomino (en 1989), confirman plenamente la prolongación del yacimiento en la mencionada dirección.

Los resultados de las excavaciones pueden considerarse hasta cierto punto decepcionantes, pues, sobre la base de la idoneidad del emplazamiento —en alto, no lejos de un curso fluvial, y ocupando un estratégico rellano, falto de accidentes, muy apropiado para un caserío—, cabía prever el descubrimiento de un hábitat de cierta entidad, con sus principales elementos estructurales, lo que en realidad no sucedió. Los trabajos, en efecto, proporcionaron importantes colecciones de material cerámico, óseo, lítico y hasta metálico, pero sin más accidentes de relieve que una serie de hoyos de anárquica distribución, con un caótico relleno constituido por los más variopintos materiales (Rodríguez Marcos, 1985).

En rigor, el de La Requejada no es sino un nuevo yacimiento de «hoyos», «fondos de cabaña» o «basureros», a añadir a la lista de tantos conocidos de la Edad del Bronce en las tierras interiores de la Península Ibérica; pero no es menos cierto que encierra el interés de algunas particularidades. En este sentido, es de resaltar que ocho de las nueve estructuras localizadas de tipo «hoyo» son, en efecto, auténticos pozos llenos de desperdicios, pero no la novena, que contenía una insólita tumba triple de inhumación. Y, al tiempo, todo parece dar a entender que los mencionados «hoyos», incluida la sepultura, se integraban en un área habitacional, según llegamos a deducir de la existencia de algunos hogares intercalados entre dichas estructuras y, más ilustrativo aún, de la identificación de un retazo de pavimento de barro —muy probablemente el suelo de una cabaña— recubriendo por completo la boca de uno de los supuestos «silos».

Aspecto de extraordinaria importancia para un trabajo como el nuestro que, a fin de cuentas, se propone definir la cerámica de *una época*, es el de cuánto tiempo funcionó como hábitat el yacimiento de San Román de Hornija y, complementariamente, en qué momento concreto se produjo su ocupación. Desde luego, aunque la escasa entidad estratigráfica de la estación nos alerte de la corta duración del asentamiento, existen algunas evidencias de que la ocupación fue algo más que instantánea, y de que, si bien pequeña, contó con cierta profundidad cronológica. Constituyen buenas referencias en este sentido el citado recubrimiento de un hoyo abandonado por un piso, indicio de que primero funcionó dicho pozo, seguramente como silo, para después ser inutilizado; el detalle de ciertos hoyos secantes —en realidad nuestro pozo n.º 2 son dos, uno posterior a otro, cuyas bocas se cortan—; la existencia de concentraciones de material dentro de los hoyos a distintas alturas, prueba de que su colmatación fue escalonada y paulatina; la evidencia de pequeños derrumbes de las paredes en algunos de tales pozos, como indicio de que estuvieron abiertos —vacíos, a medio llenar y llenos— cierto tiempo; o, finalmente, el propio hecho de que las bocas de las fosas se manifiesten a diferente altura dentro del nivel ocupacional, mostrando que no fueron excavadas simultáneamente.

Las referencias anteriores ilustran, evidentemente, cierta profundidad o dura-

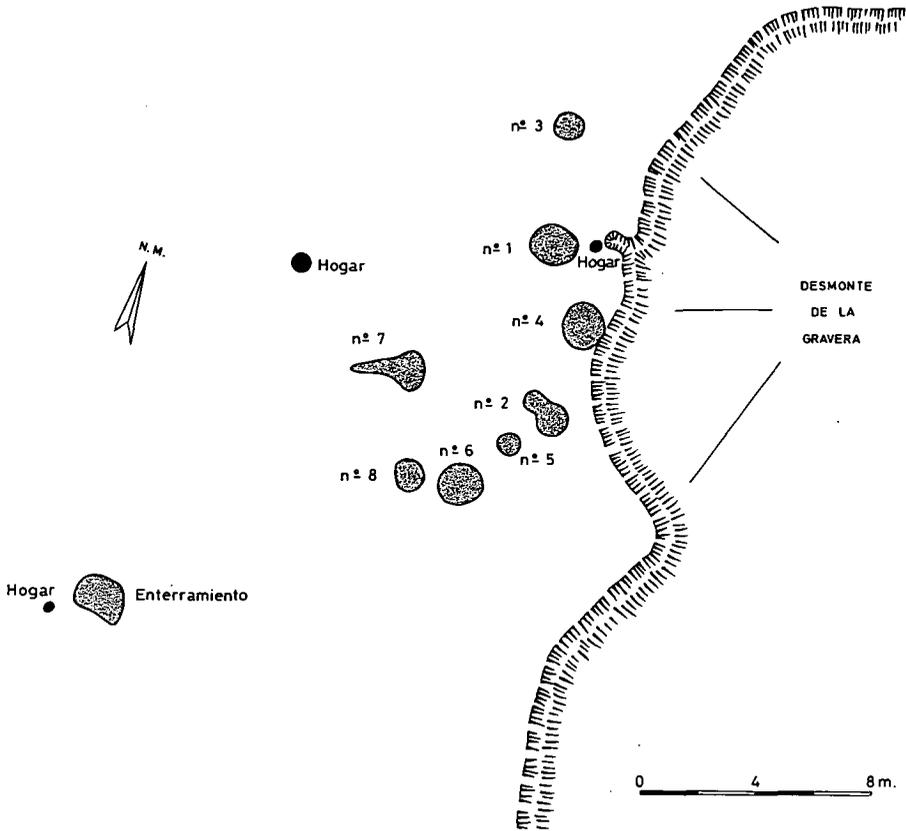


Fig. 2. San Román de Hornija. Estructuras descubiertas en las Campañas de 1973 y 1974.

ción en el asentamiento de La Requejada, pero que no debe confundirse con una dilatada ocupación, vista la levedad estratigráfica del yacimiento. Sólo cabría argüir para una interpretación en este sentido que, como ocurre en otras estaciones arqueológicas de parecidas características, en San Román hubiera podido existir una *estratigrafía horizontal*, lo cual no parece muy plausible si tenemos en cuenta, de un lado, la reducida extensión del área exhumada, de otro la homogeneidad del material arqueológico recuperado y, sobre todo, la relativa frecuencia con que se hallan fragmentos de distintos vasos cerámicos en hoyos diferentes o en zonas del yacimiento considerablemente alejadas entre sí, prueba del funcionamiento «grosso modo» sincrónico del espacio excavado. Así las cosas, creemos *justificado considerar los productos cerámicos del yacimiento correspondientes a un período de tiempo relativamente fugaz*, lo que les convierte en adecuado objeto de estudio para el propósito de nuestro trabajo.

Precisar los límites cronológicos de la ocupación comporta mayor dificultad, pese a contar con dos dataciones absolutas referentes al enterramiento que se sitúan

en 870 y 1010 a. C., en años sin calibrar (Delibes de Castro, 1978, 236-7). Aunque se trata de dos fechas no exentas de problemas —en principio las dos se refieren, pese a los 140 años que las separan, a un mismo acontecimiento, y cuentan ambas, por otra parte, con una amplísima desviación standard (± 150 y 90 respectivamente)— nos sitúan hacia el cambio de milenio y a caballo entre el Bronce Final II y III de las periodizaciones convencionales, algo que no hace sino refrendar la validez de otras muchas dataciones absolutas referidas a la plenitud Cogotas I en yacimientos como el Ecce Homo en Alcalá de Henares —entre 1070 y 1040 (Almagro y Fernández Galiano, 1980, 125)—; La Paúl, en Alava —950 (Llanos, 1983, 102)—; Moncín, en Zaragoza —950 (Harrison, Moreno López y Legge, 1987, 138)—; el Llanete de Los Moros, en Córdoba —entre 1030 y 980 (Martín de la Cruz, 1987, 174-5)—; Los Espinos, en Palencia —880 (Santonja y Alcalde, 1982, 381)—, etc.

La presencia en San Román, por otra parte, de ciertos elementos bronceos formalmente arcaicos, como leznas de sección cuadrada o un puñal-alabarda tipo Vale do Carvalho, podría sugerir que el yacimiento inició su andadura tempranamente. Sin embargo, es un hecho comprobado que las gentes de Cogotas I mantuvieron una producción metálica de corte muy tradicional (hachas planas, puñalitos de roblones, puntas de flecha de espiga...), incluso en el Bronce Final, permaneciendo un tanto al margen, pues, de la renovación tipológica dictada por el comercio atlántico (Delibes y Romero, 1989). De ahí nuestra inclinación a pensar que sólo la fíbula de codo hallada en la tumba —sin duda una importación meridional— representa una referencia válida para la datación, por cronología cruzada, del yacimiento.

Como ya ha sido apuntado en otras ocasiones (Delibes de Castro, 1978), la pieza de La Requejada es, tanto formal como ornamentalmente, muy próxima a las fíbulas gallonadas del depósito de la Ría de Huelva, apartándose considerablemente de los modelos presentes en Cerro de Alcalá, Monachil o Museo de Valencia —en general con una levísima y elegante decoración incisa— y, aún más, de la variante «ad occhio» de Perales del Río, Mola d'Agrés o el Casal do Meio (Blasco Bosqued, 1987; Gil Mascarell y Peña, 1989). Frente a todas éstas, la de San Román se podría poner antes en relación con los «prototipos», también gallonados, sirio-chipriotas (Almagro Basch, 1957), que con la versión sícula, de tanta incidencia en el espacio mediterráneo español. Las seis dataciones absolutas obtenidas para el pecio onubense, concentradas entre 870 y 850 a. C. (Almagro Gorbea, 1977, 524-5), deberían ser una magnífica referencia cronológica para estos bronceos, pero en realidad no constituyen mayor obstáculo para que Fernández-Miranda y Ruiz-Gálvez (1980) muestren su propensión a admitir que la circulación de buena parte de la «chatarra» del depósito de la Ría tuvo lugar cerca del 1000 a. C. Si tenemos en cuenta las fechas de C-14 de Hornija —870 y 1010— y del Cerro de la Miel, en Moraleda de Zafayona, Jaén —1080, aunque en este caso para un ejemplar no tan típico, de sección muy plana (Carrasco *et alii*, 1987, 88)—; si valoramos, asimismo, la escasa distancia morfológica existente entre la variante Huelva y los prototipos chipriotas a datar en el siglo XI, y si, por último, asumimos la considerable antigüedad en términos relativos, por paralelo con Pan-

tálica II, de las formas derivadas, «ad ochio», caso de la de Casal do Meio, nada difícil nos sería asumir la conveniencia para nuestra fíbula de fechas próximas al cambio de milenio, las mismas más arriba propuestas en términos generales para la ocupación del yacimiento de San Román.

III. Estudio interno de la cerámica de San Román de Hornija

A. Algunas observaciones preliminares

Los criterios adoptados en la elaboración de una tipología arqueológica suelen variar según el objetivo que ésta persiga. No los hay buenos ni malos; en sí mismos no son mejores ni peores los formales que los funcionales o que los dimensionales, y que se apliquen unos u otros dependerá del fin deseado. Si éste es dotarse, simplemente, de una herramienta clasificatoria, cualquiera de ellos podrá ser válido; si, por el contrario, como pretendía Spaulding (1953 y 1960), se trata de, a través de los tipos, rescatar conceptos de valor más profundo, el acceso a ellos será bastante más problemático. Porque la producción de vasijas pequeñas en vez de grandes, de platos en lugar de botellas, de jarras en vez de cuencos, etc., lejos de responder al azar, transluce unas necesidades y un comportamiento específicos, estrechamente ligados a la economía de los grupos detentores y a su propia trayectoria cultural.

Nuestra intención, ya señalada más arriba, de definir el material de este yacimiento como referencia para conocer la cerámica de las poblaciones prehistóricas del valle medio del Duero en un momento muy concreto del Bronce Final, nos exime de adoptar una postura tan comprometida como la exigida por el planteamiento de Spaulding, aunque seamos plenamente partícipes de sus inquietudes. Tampoco nos sentimos obligados, en modo alguno, a desarrollar un trabajo tipológico exhaustivo, que sirva de marco para un estudio general de la cerámica Cogotas I. Nos daríamos por satisfechos con saber *transmitir* las características de esa realidad ceramológica de San Román de Hornija, para lo que evitaremos hasta límites razonables farragosas descripciones o complicadas jerarquizaciones tipológicas, de más que dudosa utilidad. En esa línea trataremos de adecuarnos, en la medida de lo posible, a esquemas ya establecidos, y nos ceñiremos deliberadamente a la utilización de términos consagrados (por ejemplo en lo que atañe a las formas o a las técnicas decorativas de los recipientes), tendiendo siempre, pues, a la máxima simplificación.

Aunque, cual relatáramos, el yacimiento de San Román ha sido objeto de varias campañas de excavación, sólo la efectuada en 1978 puede considerarse sistemática (las restantes fueron meras intervenciones de urgencia), siendo, asimismo, la única que proporcionó un lote de materiales de consideración. Por ello el estudio de la cerámica que ofreceremos se ha concretado, fundamentalmente, en los barro de la mencionada campaña, únicos computados en los diferentes cálculos porcentuales que aquí se manejan. Sólo en casos excepcionales —la presencia de alguna forma inédita, por ejemplo— se incluyen, con la anotación correspondiente, piezas procedentes de otras actuaciones.

El total de fragmentos recuperados en La Requejada asciende a 9.664, 7.928 de los cuales —un 82,03%— corresponden a cerámicas comunes, y 1.736 —17,96%— a vasos finos. La proporción de decoradas entre las primeras es bajísima (sólo 72 piezas), no así en el caso de las últimas, donde 1.016 fragmentos, esto es más de la mitad, ostentan decoración (fig. 3, I).

Este reparto porcentual por fragmentos, habida cuenta de que, por su mayor tamaño, los vasos de cerámica común rompen por lo general en un número de añicos también más elevado, puede no ser absolutamente representativo de la proporción en que recipientes groseros y finos se encontraban en los vasares de las chozas del asentamiento de Hornija, por lo que hemos juzgado oportuno introducir como elemento corrector un cálculo diferente, basado en el número de bordes. En este terreno las cifras de toscas y finas se sitúan respectivamente en 582 y 386 —más o menos un 60 y un 40%—, de las que en el primer caso sólo 15 pueden considerarse decoradas (se excluyen las que portan únicamente incisiones o unglaciones en el borde), frente a las 276 —un 28,51% del total de bordes y un 71,50% de los bordes finos— del segundo, lo que descubre que los vasos cuidados exentos de ornato no alcanzan en San Román el 30% de la muestra de barros finos, ni el 12% de la muestra total (fig. 3, II).

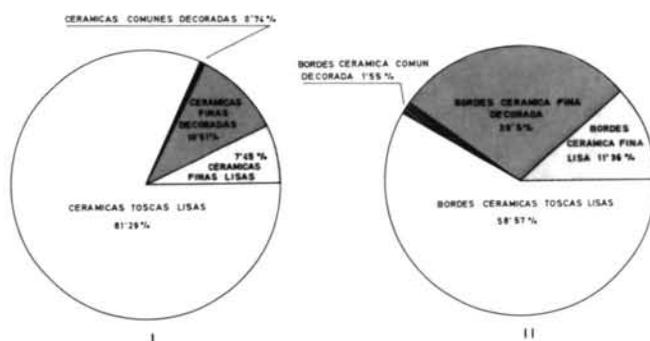


Fig. 3. I. Porcentajes sobre el total de las cerámicas.
II. Porcentajes sobre el total de los bordes.

Los datos expuestos revelan que la proporción de cerámicas finas decoradas es bastante elevada —un 10,51% en el cómputo general de fragmentos y un 29,74 en el, a nuestro juicio más fiable, de bordes—, resultando en cualquier caso superior a la señalada hasta ahora para otros yacimientos Cogotas I en los que se ha estudiado sistemáticamente la cerámica, como el de El Negrалеjo, donde apenas un 8% del total de recipientes merecían la consideración de barros finos decorados (Blasco Bosqued, 1983, 117).

Si la reflejada es la estadística total de la cerámica recuperada en el yacimiento, obligado es señalar que nuestro trabajo se ha basado en una bastante drástica selección de materiales que asciende aproximadamente a centenar y medio de piezas. Para ello se ha prescindido de todos aquellos fragmentos formalmente irrelevantes —los que no aportan una idea explícita del perfil de las vasijas a que correspon-

dieron—, o que no resultan suficientemente ilustrativas de la globalidad de su decoración. El resultado final no habla, desde luego, muy en favor de la objetividad del procedimiento, como lo demuestra que la relación entre barro grosero y fino o entre decorados y lisos, se invierte en nuestra selección respecto a la general de la muestra. Como justificación de tal anomalía, no queremos ocultar que nuestro mayor interés se centra en el análisis de las especies finas decoradas, tan representativas del mundo cogotiano, al margen de que, si el procedimiento de muestreo elegido ha favorecido visiblemente a dichas cerámicas, tal ha sucedido también porque se trata de las únicas producciones vasculares del yacimiento en las que se registra cierta variedad, por mor, precisamente, de sus decoraciones.

Finalmente deseamos anotar que, siguiendo una costumbre bastante arraigada, se parte de una sutil distinción entre cerámicas finas y groseras o comunes. Las primeras se identifican, sobre todo, merced a su buena pasta (barros decantados, desgrasantes finos...), su cuidadoso acabado (espatuladas, bruñidas) y, por lo general, su pequeño tamaño, en tanto que las segundas, mayores, se caracterizan por un tosco aspecto externo, todo lo más escobillado. Es una forma de impedir que nuestra clasificación se enfoque a partir de la habitual dicotomía cerámica decorada/cerámica lisa, y de resaltar las imposiciones funcionales que, sin duda, condicionaron la elaboración del repertorio cerámico. De ese modo, entre las especies finas tendrían cabida tanto ejemplares decorados como lisos, en ambos casos con un tratamiento excepcional que nos lleva a considerarlos al margen de los productos comunes; y análogamente, pero en sentido contrario, estamos en condiciones de asumir —aunque ocurra pocas veces— la existencia de toscos vasos de cocina, con decoración. Todo ello, por supuesto, sin negar que, por lo general cerámicas finas y comunes se concibieron con distinta finalidad, como lo pone de relieve tanto su tratamiento como la disparidad formal, más adelante subrayada, de que unas y otras especies hacen gala.

B. Cerámicas finas (fig. 20)

1. Decoradas: (fig. 4, I)

a. *Las formas*: la variedad en el capítulo formal de las especies finas es muy reducida, lo que se debe en parte, al claro predominio de los *vasos troncocónicos* (52 de las 63 piezas decoradas cuyo perfil es posible reconstruir, o un 82,5%). Los mismos se caracterizan, como su propio nombre indica, por contar con un cuerpo en forma de tronco de cono invertido, y un borde más o menos vertical que origina una marcada carena en su unión con aquél. El labio, por lo general redondeado, muestra un ligero exvasamiento, y casi siempre ofrece decoración en la cara interna. Todos los fondos conservados son planos y de reducido diámetro.

A partir del esquema antedicho, es posible establecer una serie de variantes tomando como criterio fundamental la inclinación de los bordes. Una primera aproximación nos llevaría a diferenciar entre modelos *de borde recto* y *en «S»*, permitiéndonos además subdividir los primeros en vasos de borde muy tendido (A1), tendido (A2), subvertical (A3), vertical (A4) y reentrante (A5). Con independencia

de la mayor o menor abertura del borde, nos parece importante subrayar que todos estos tipos muestran panzas de paredes muy rectas, incluso ligeramente cóncavas, *jamás convexas*, y asimismo dejar constancia de que, por lo general, los vasos con el borde más tendido cuentan con mayor diámetro en la boca y menor desarrollo en altura. Las variantes de los modelos de *perfil en «S»* —de panza, por el contrario, algo convexa— se reducen a dos; una (A6) con el borde ligeramente reentrante, y otra de menor tamaño (A7), con él recto y casi vertical.

A bastante distancia de las vasijas troncocónicas —tan sólo un 14,2% de todo el elenco cerámico decorado— se sitúan las *escudillas de fondo plano*. De pequeño tamaño —nunca por encima de los 151 mm. de diámetro—, se caracterizan por contar con bordes rectos, verticales o un poco abiertos, y fondos plano-convexos. Una de las tres variantes establecidas (B1) muestra la pestaña del borde realizada, lo que confiere al recipiente un aspecto ligeramente troncocónico; las dos restantes, empero son de diseño más aplanado, con fondo casi horizontal, distinguiéndose B3 de B2 por contar con una línea de carena mucho más marcada.

Además de escudillas y vasos troncocónicos que, como hemos visto constituyen la práctica totalidad (96,7%) del conjunto vascular de San Román, únicamente reconocemos otras tres formas. La individualizada con la letra C se refiere a dos *vasitos con cuerpo de tendencia globular* y borde un poco vuelto; con una variante, C1, que se significa por su pequeño tamaño y mínimo desarrollo del borde, y otra, C2 —hallada en las prospecciones de 1983 (fig. 11, n.º 15)—, mayor y de borde más pronunciado. Pese a no ser capaces de reconstruir su perfil completo reservamos la forma D para un *cubilete tetraglobular* (fig. 11, n.º 12). Tan sólo se conserva de él un fragmento de la panza, a modo de mamelón hueco decorado en su extremo con círculos de Boquique, y parece tratarse de una forma excepcional, aunque hayamos recuperado también parte de otra vasija similar completamente lisa (fig. 18, n.º 14). El repertorio de las formas finas decoradas se completa, por último, con *las jarras de perfil en «S»* (E). De las dos piezas conocidas en Hornija, sólo una —recuperada en las prospecciones de 1983—, conserva el perfil completo, desarrollando su diámetro máximo en el tercio inferior y mostrando un asidero, vertical, en fuerte ángulo y de sección casi cuadrada, que se ubica en las proximidades del labio (fig. 17, n.º 3).

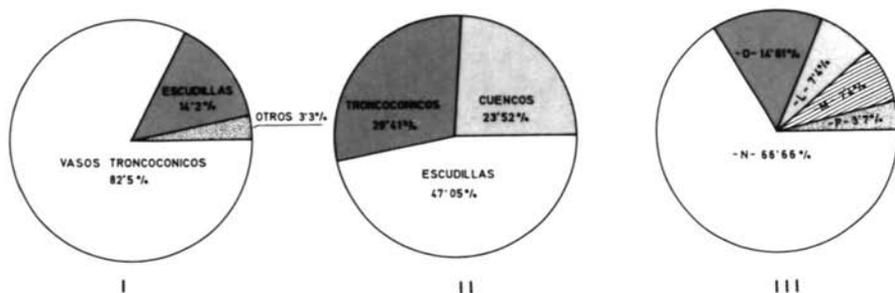


Fig. 4. I. Formas cerámicas finas decoradas.
 II. Formas cerámicas finas lisas.
 III. Formas cerámicas groseras lisas.

b. *Las decoraciones:*1. *Técnicas* (fig. 5, I):

Más aún que en las formas, pese al tipismo Cogotas I de algunas de ellas (v. g. los vasos troncocónicos), la auténtica personalidad de nuestra colección cerámica reside en sus decoraciones. Desde antiguo, por su novedad, excisión y Boquique, se han erigido en fósiles directores de la alfarería cogotiana, pero están lejos de ser técnicas exclusivas, pues junto a ellas comparecen otras más comunes, caso de la impresión o, aún más habitualmente, la incisión.

Sobre la incidencia de cada una de ellas nos parecen ilustrativos los siguientes datos. En un 45,2% de las ocasiones los motivos decorativos plasmados sobre los recipientes son incisos; en el 23,6% hechos con técnica del Boquique; en el 18,8% excisos, y sólo en un 9,4% de los casos son impresos, sin olvidar, por supuesto, que el Boquique es una forma, aunque muy particular, de decoración impresa. Desde otra perspectiva no menos interesante, cabe anotar que 62 de los 78 fragmentos que constituyen el total de la muestra manifiestan algún motivo inciso; en 33 se atestigua la existencia de Boquique; en 27 participa la excisión, y en 15 la impresión.

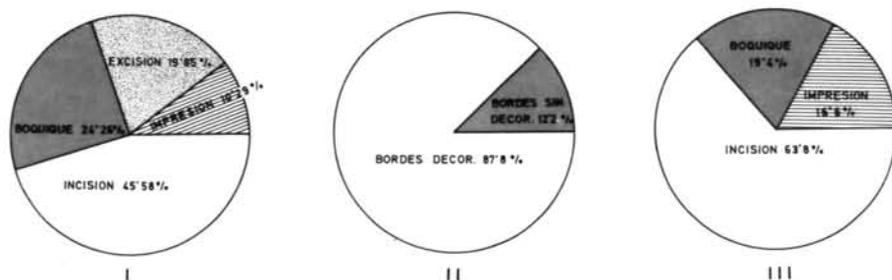


Fig. 5. I. Técnicas aplicadas en la decoración de las cerámicas finas.
 II. Bordes con decoración interior en cerámica fina.
 III. Técnicas aplicadas en la decoración interior de los bordes.

No hace falta insistir, vistos los datos anteriores, en que técnicas y motivos decorativos, lejos de actuar de forma exclusiva y por separado en la ornamentación de cada una de las cerámicas, se presentan muchas veces combinadas. Dentro de nuestra muestra, 30 de 78 fragmentos (o un 38,46%) manifiestan una única técnica ornamental; en 39, (50%) se produce asociación de dos de ellas, con un claro predominio del binomio incisión/Boquique (18 piezas) y fuerte reticencia a conjugar impresión/Boquique e impresión/excisión. Sólo en ocho casos (10,25%) se asocian tres técnicas decorativas (una vez impresión/Boquique/excisión; dos veces cada incisión/impresión/Boquique e incisión/excisión/impresión, y en tres ocasiones Boquique/excisión/incisión); y únicamente en una pieza comparecen las cuatro técnicas.

Los porcentajes expresados más arriba no deben considerarse del todo ilustrativos, tanto por la relativa aleatoriedad del muestreo, como, muy especialmente, por el hecho de basarse en gran medida en el estudio de fragmentos y no de vasos completos. La última circunstancia, en concreto, ha producido sin duda una inflación en el capítulo de piezas decoradas con una sola técnica, la cual resulta fácil de captar con sólo comparar su porcentaje (casi el 50%) con el de los escasísimos vasos enteros en los que tal circunstancia se produce. Sin embargo, se trata en ambos casos de factores que, en cuanto a la valoración general de la incidencia de las distintas técnicas, son muy escasamente desestabilizadores, quedando corregidos suficientemente con el resto de datos estadísticos manejados.

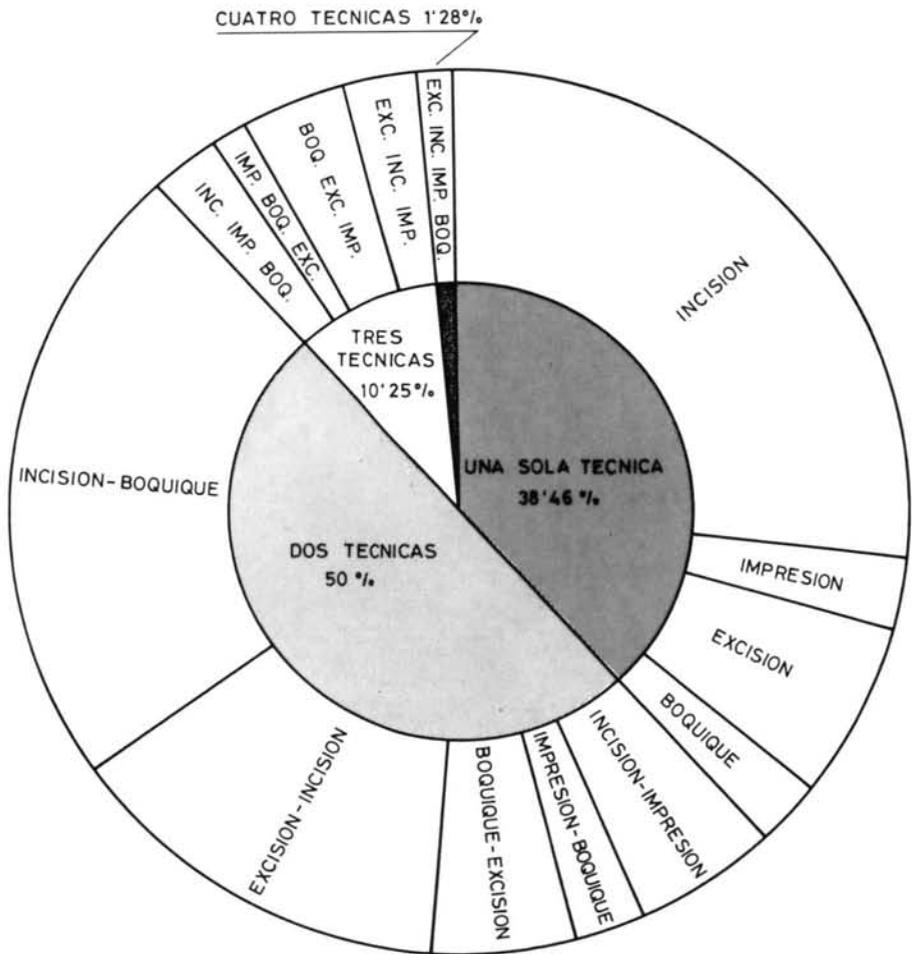


Fig. 6. Técnicas decorativas desarrolladas en las cerámicas Cogotas I de La Requejada y sus combinaciones.

2. *Motivos decorativos*

La aplicación de las «técnicas» se expresa en forma de «motivos», entendiéndose por tales las formas más simples, orgánicas, de decoración, al margen del procedimiento con que se hayan realizado.

Los *motivos incisos* más frecuentes son las retículas, los zig-zags, las espigas y las líneas de pequeños trazos verticales (a veces oblicuos), simples o cortados transversalmente, conocidas en este último caso como «líneas cosidas». Porcentualmente, los temas reticulados se manifiestan en un 52,4% de los vasos, en franca abundancia respecto a las espigas, (6,5%) y dando lugar a muy variados esquemas, bien de bandas horizontales bajo el borde, bien de frisos ceñidos a las carenas, bien de series de triángulos o dameros en la panza, bien formando motivos radiales dimanando del fondo de las vasijas troncocónicas.

Por su parte, los frisos cosidos, presentes en el 42,6% del total de vasos con incisión, son utilizados en general para enmarcar otros temas más complejos, cometido que también compete con frecuencia a las líneas incisas simples. Desempeñan, pues, un papel decorativo secundario, parecido al de los zig-zags —tan frecuentes en otros yacimientos Cogotas I, y aquí sólo representados en cinco fragmentos— siempre como límites de friso, careciendo, por tanto, de un papel en el esquema ornamentístico.

Los *diseños en los que participa el Boquique* ofrecen una amplia variedad temática, siendo los más comunes las ondas o guirnaldas, que penden por lo general de la carena de los recipientes troncocónicos. En concreto se dan en 8 de los 30 fragmentos decorados con dicha técnica (26,6%), mientras que el resto se reparte en líneas simples o dobles —bien verticales, bien horizontales—, en triángulos, zig-zags, retículas, series de ángulos, círculos concéntricos, etc., nunca en porcentajes significativos. No es raro que las líneas simples, sirvan, una vez más, de marco a otros motivos más complejos.

Las cenefas de triángulos enfrentados por el vértice, que se separan mediante una banda de zig-zag en resalte, constituyen uno de los diseños favoritos en los recipientes decorados con *excisión*, alcanzando al 37,5% de las cerámicas en que dicha técnica comparece. Le seguirán en importancia los dameros (25%), las series de triángulos simples (8,3%), y, muy de lejos, unas estrechas bandas, verticales y horizontales, que se utilizan como elementos secundarios a la hora de delimitar el campo decorativo de otros temas.

Los *motivos impresos*, por último, son consecuencia de aplicar bien un punzón, bien, más excepcionalmente, las yemas de los dedos del alfarero sobre el barro aún fresco. El tema impreso predominante (29,1%) es el de los cordones zigzagueantes a base de puntos o de pequeños triángulos alternos, dispuestos en dos líneas paralelas, a los que se conoce también como «cordones pseudoexcisos».

3. *Las composiciones*

No menos interesante, por lo que a las decoraciones se refiere, es la organización general de los motivos en la superficie del vaso, esto es la sintaxis composi-

va, cuyo análisis, lógicamente, sólo puede abordarse a partir de los recipientes que se han conservado enteros o de aquellos otros cuya reconstrucción no ofrece dificultad.

Como es lógico, la disposición de las decoraciones se supedita a las características de los soportes. De tal modo, en el caso de los vasos troncocónicos el motivo principal se articula en un ancho friso a la altura de la carena y bajo ella, el tercio inferior suele aparecer reservado —excepción hecha de unos pocos ejemplares en los que comparecen motivos radiales—, en tanto que inmediatamente bajo el labio del borde discurre una estrecha banda corrida realizada mediante motivos diversos predominantemente incisos. En el caso de las cazuelas, la decoración por lo general consiste en un único friso situado hacia la mitad del borde, eludiendo siempre los motivos radiales en el fondo.

Por lo que al resto de las formas se refiere —vasitos globulares, jarra, cubilete con gibosidades...— resultaría aventurado, dada su escasez, establecer normas de carácter general sobre sus composiciones decorativas, por lo que nos limitaremos a señalar que las sintaxis de los vasos globulares parecen seguir la pauta de las cazuelas, y que la única jarra completa se decora por alternancia de bandas horizontales lisas y reticuladas, con un complejo «cierre» bajo el asa. Nada osamos afirmar en relación con el cubilete tetraglobular, del que, como dijimos, apenas se conserva un pequeño fragmento.

Por más que pudiera parecer necesario, de forma deliberada renunciamos a efectuar una valoración estadística de los temas concretos que configuran las diferentes composiciones. Lo cierto es que, pese a aplicarse siempre las mismas técnicas —excisión, impresión, etc.— e incluso a plasmarse los mismos motivos —retículas, dameros, etc.— los resultados siempre son distintos: composiciones en mayor o menor medida exclusivas, circunstancia que nos ha hecho desistir de tal empeño, por temor a pormenorizar en exceso, saliéndonos de nuestro propósito de *establecer pautas*.

4. *Decoración interna de los bordes*

Tratado ya inicialmente, páginas atrás, dedicamos el último epígrafe de las cerámicas decoradas al análisis de los temas desarrollados en el interior de los bordes, que por lo general se reducen a un estrecho filete sobre el labio. Los recipientes finos de San Román muestran en un alto porcentaje esta decoración (87,8% de los vasos la portan), hasta el punto de poder considerarse una constante de la producción vascular decorada Cogotas I de este yacimiento (fig. 5, II).

De todos los motivos utilizados, el más habitual es el de las líneas de zig-zag (33,3%); las «líneas cosidas» alcanzan el 22,2%, las «aspas», el 13,8%; y en último término aparecen espigas y retículas, cada una con un 11,1%. Entre las técnicas empleadas en su elaboración destaca la incisión (63,8%), en tanto que boquique e impresión se utilizan en el 19,4% y 16,6% respectivamente. La excisión se halla completamente ausente (fig. 5, III).

2. *Cerámicas finas lisas* (fig. 4, II)

Al igual que sucediera con las decoradas, se registra un número de formas reducido, repitiéndose de entre aquéllas los vasos troncocónicos y las cazuelas o escudillas de fondo plano. Como única novedad, cabe citar la presencia relativamente común de cuencos entre los que, como veremos, se distinguen una serie de tipos.

También en este caso los *vasos troncocónicos* son sumamente abundantes (29,41%), llegándose a diferenciar hasta cinco variantes fundamentales a partir tanto de la inclinación de los bordes como de la ubicación de la carena. Un primer tipo (F-1), lo integrarían recipientes de borde vertical y carena alta, bastante similares a los F-2, con la salvedad de que éstos cuentan con un borde ligeramente más abierto. La variante F-3 apenas se diferencia de la precedente, en su mayor diámetro de boca, lo que le confiere un perfil mucho más aplanado. F-4 agruparía a ciertos vasos de carena a media altura, y bajo la sigla F-5 se considerarían aquellos otros cuya línea de inflexión se ubica en el tercio inferior del tiesto.

Pese a las evidentes concomitancias formales existentes entre todas las vasijas troncocónicas, un detenido análisis permite advertir diferencias de detalle que distancian a los recipientes decorados de los lisos. Así en los primeros, la relación diámetro mayor/altura siempre es favorable al primero en una proporción de 2 a 1, norma que no se cumple en el caso de las formas lisas, en las que la altura, salvo en el modelo F-3, es siempre mayor que la mitad del diámetro de la boca. Tal circunstancia confiere a estas últimas especies una apariencia de mayor verticalidad. Por otra parte un segundo rasgo distintivo se concreta en la forma de los labios siempre afilados en los vasos decorados, para albergar más fácilmente una decoración interna, y redondeados, e incluso notablemente engrosados, en los lisos.

Las *escudillas*, recipientes mayoritarios de este apartado (47,05%), se caracterizan *grosso modo* por presentar, como las decoradas, el borde recto, de labio ligeramente exvasado, carena baja y fondo convexo. A partir de este diseño general, hemos distinguido cuatro modalidades en función de la variabilidad de alguno de aquellos elementos. La forma (G-1) se distingue por su esquema de tendencia aplanada y labio vuelto, bastante similar al tipo G-2, cuyo borde, sin embargo, ofrece mayor verticalidad. Los modelos G-3 y G-4, a diferencia de los anteriores, poseen un mayor desarrollo en altura, significándose el primero de ellos por su marcada carena, apenas insinuada en el caso de G-4, de perfil mucho más suave.

El último capítulo de la cerámica fina lisa, lo constituyen *los cuencos*, recipientes que, como quedó dicho, resultan desconocidos en el elenco decorado, siendo también relativamente escasos en este capítulo (23,52%). Son, por lo general, de pequeño tamaño, y sus diferentes versiones se establecen en función del perfil de los bordes. El tipo H-1, reducido a un solo ejemplar, se distingue por el fuerte desarrollo vertical de sus paredes, hasta configurar un recipiente hondo, pese a su borde exvasado. No mucho más numerosa es la serie de piezas que corresponden a la variante H-2, de volumen hemisférico, en tanto que H-3 y H-4 agrupan unos pocos ejemplares de paredes rectas y ligeramente inclinadas, más tendidos y de menor profundidad en el primero de los casos.

C. Cerámicas comunes (fig. 21)

1. *Decoradas*

El número de las existentes es muy reducido, pues no se incluyen entre ellas las piezas que limitan su ornamentación al mismo labio del borde. Se identifican tres formas: I y J corresponden a ollitas globulares, en el primer caso con cuello y borde exvasado, y en el segundo de paredes prácticamente verticales; en cuanto a K, es más bien un cuenco hondo, de paredes muy ligeramente oblicuas y borde vuelto.

La técnica decorativa dominante es la impresión, concretada en la aplicación de dígito/ungulaciones que se distribuyen en líneas paralelas por la práctica totalidad de la superficie de los vasos. Únicamente en un caso, se aprecia decoración plástica, en forma de cordón, también con unguilaciones, bajo el borde (fig. 18, n.º 15).

2. *Lisas* (fig. 4, III)

Así como en las cerámicas finas se observa un claro predominio de perfiles abiertos y más bien planos (como si estuviera previsto colocarlas con la panza hacia arriba, para gozar de la contemplación de sus decoraciones), ahora, entre las comunes, prevalecen las formas de tendencia globular. Hay, sí, unos pocos cuencos y vasos troncocónicos, pero el repertorio estará constituido mayoritariamente por ollas y orzas.

La presencia de modelos en *tronco de cono* —forma L— se reduce a dos ejemplares (7,4% de los vasos toscos lisos reconstruidos), de aspecto, eso sí, muy semejante a sus homólogos en pastas finas. Tampoco son numerosos *los cuencos* (7,4%), de perfil en «S» y marcado desarrollo vertical, que en la variante M-1 muestran un borde más acentuado que en la M-2.

En el capítulo, mucho más nutrido, de *las ollas* (66,66%) (N) se individualizan cinco variantes en función, sobre todo, de las diferentes alturas y distinta orientación de los bordes. En un primer conjunto tendrían cabida los modelos de borde saliente y cuerpo globular (N-1 a N-4), integrándose en otro las ollas de borde sencillo y entrante (N-5). A su vez, entre los primeros sería posible diferenciar una modalidad, N-1, de paredes casi rectas y muy desarrolladas en altura, en claro contraste con N-2 y N-3, de diseño más redondeado. Las diferencias entre estas dos últimas no estriban tanto en sus perfiles, cuanto en el hecho de que los dos vasos de tipo N-3 muestran cuatro asas de perforación vertical, dos a dos, que le confieren una acusada personalidad. La individualización de N-4 obedece a la circunstancia de que parece ser la única olla en la que el diámetro es mayor que la altura.

La anchura de las ollas oscila entre los 10 y los 26 cm., frente a la de *las orzas* (14,81%), superior a los 30. Entre estas últimas se establecen, pese a no haberse reconocido ningún ejemplar completo, dos variantes: O-1, de acusado cuerpo globular y borde vuelto y, O-2, más estrecha y alta y con borde casi vertical. Por últi-

mo, la tónica de vasos cerrados de la cerámica común de Hornija se rompe únicamente en la forma P, de muy escasa representación por lo demás (3,7%) —es pieza prácticamente única—, que cabría definir como amplio plato o fuente de borde oblicuo, bastante tendido.

3. *Queseras*

También en el elenco de este tipo de barros, caracterizados por la existencia de múltiples perforaciones en sus paredes, es muy breve, mostrándose bien bajo la forma de casquetes esféricos/troncos de cono (Q-1) —abiertos en la base mayor, y muy probablemente también en la opuesta, si nos guiamos por lo que ocurre en ciertos paralelos—, bien de frascos ovoides de cuello relativamente subrayado (Q-2).

4. *Elementos de prensión* (fig. 18)

Salvo en un par de piezas decoradas de forma E, todos los asideros de San Román, en número de 18, corresponden a cerámicas comunes. Algo más de la mitad, (66,6%), pertenecen al tipo *asa/mamelón*, más o menos plano, dentro del cual somos partidarios de establecer tres subtipos: las asas planas simples (fig. 18, n.º 9), en primer lugar; aquellas que, mediante una leve impresión digital en el frente, adquieren aspecto bilobulado (fig. 18, n.º 8); y, en último término, la variante perforada verticalmente para su suspensión mediante cuerdas, la huella de una de las cuales aún se advierte sobre un vaso hallado en el hoyo 4. Tales perforaciones son cilíndricas (fig. 18, n.º 7), excepto en una pieza del hoyo 1, bitroncocónica (fig. 18, n.º 10).

Inferior representación encuentran otras variedades de asas, tales como las *acin-tadas verticales* (fig. 18, n.ºs 1 a 3) (tres ejemplares, dos lisos y otro con espiga incisa en el frente) o, si es que fueron tales asas, los *mamelones simples*. Estos últimos, conocidos también como *tetones*, tienen por lo general volumen cónico (fig. 18, n.º 11), y, más raramente (un único ejemplar), troncocónico (fig. 18, n.º 12).

IV. Algunas observaciones sobre las especies de San Román de Hornija en el marco general de la cerámica Cogotas I

A estas alturas casi resulta ocioso afirmar que *los vasos troncocónicos*, sobre todo en su modalidad decorada, constituyen uno de los elementos más significativos de Cogotas I. Más interés tiene por ello señalar que tales formas no estuvieron reflejadas por igual en todos los momentos del largo desarrollo de dicha cultura. Una somera revisión de determinados yacimientos de la cuenca del Duero estudiados sistemáticamente, «La Plaza» en Cogeces del Monte, Valladolid (Delibes y Fernández, 1981), Puente Viejo, Avila (González Tablas, 1984-1985), «Los Tolmos» de Caracena, Soria (Jimeno, 1984), puede resultar orientativa en este sentido, ya

que se trata en los tres casos de estaciones correspondientes a los inicios de Cogotas I en las que los recipientes troncocónicos a los que nos referimos se hallan completamente ausentes, manifestándose en su lugar ciertas fuentes o cazuelas de carena media/alta, con borde marcadamente cóncavo y panza más bien baja, siempre de perfil convexo. Sostenemos la tesis, pues, de que estas «fuentes» de aspecto panzudo fueron sustituidas por los vasos propiamente troncocónicos a partir de la plenitud de Cogotas I, de ahí la frecuencia —casi exclusividad— de estos últimos en enclaves como «El Berrueco» (Maluquer, 1958-a), Sanchorreja (Maluquer, 1958-b), San Pedro Regalado (Palol, 1963) o El Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1972, 7; Idem, 1973, 395-402).

En ese contexto, sería interesante debatir sobre cuándo los auténticos troncocónicos sustituyeron a las cazuelas de fondo convexo, pues nos permitiría establecer un límite entre el que consideramos «momento formativo» y el de «plenitud» Cogotas I. A falta de buenas estratigrafías locales sobre las que apoyarnos, por hoy nos hemos de conformar con señalar, mirando hacia el Sureste peninsular, que los vasos troncocónicos típicos ya están presentes en el estrato VI sur de Purullena, entre 1210 y 1145 a.C., según el C-14 (Molina González, 1978, 170), mientras que en los momentos más antiguos del Bronce Tardío de Fuente Alamo —1300 a. C. para la fase 17 (Schubart y Arteaga, 1983, 61)— aún no comparcen, aunque sí estén representados otros materiales «meseteños».

Un nuevo aspecto sobre el que merece la pena reflexionar por su posible trascendencia cronológica, es la ausencia en «La Requejada» de ciertos recipientes con carena media, de aspecto *bitroncocónico*, que sí están representados en algunos de los yacimientos meseteños. Nos referimos en concreto a algunas vasijas de Sanchorreja (Maluquer, 1958-b, 37, fig. 8), Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1973, 26, fig. 4, n.º 6) o Carricastro (Martín Valls y Delibes, 1976, 9 y 13-14), con buenos paralelos en el área del Manzanares (Almagro, 1960, 222, fig. 196 centro y 198 abajo a la derecha), que por lo general muestran esquemas decorativos sumamente barrocos. A veces han sido considerados propios de la fase más avanzada del horizonte cogotiano, en virtud tanto de la semejanza de su perfil respecto al de ciertas «urnas hallstáticas» (Martín Valls y Delibes, 1976, 14), como del esquema de su decoración, nada alejado del de las típicas especies de El Redal (Alvarez Clavijo y Pérez Arrondo, 1987, 31-68). La ausencia en San Román —o acaso sólo rareza, pues la pieza n.º 2, fig. 16, de las excavaciones del 83 no es del todo ajena a estos esquemas— de dichas formas podría deberse a la inmediata anterioridad de nuestro hábitat respecto a la fase «terminal» de Cogotas I, pero no puede descartarse que obedezca a otras razones no estrictamente cronológicas, pues dentro de un amplio «estilo Cogotas I» bien pudieron haber coexistido subestilos de alcance regional y que esta forma hubiera sido muy especialmente del gusto de los grupos del SW de la cuenca del Duero (Avila - Salamanca) en un momento, pese a todo, sincrónico al de la ocupación de Hornija.

En cuanto a las *escudillas o cuencos de fondo plano*, son, según vimos, tanto en su variante lisa como decorada, formas muy típicas del Horizonte La Requejada, cuyos rasgos más representativos estriban en sus fondos amplios, suavemente convexos, y bordes poco desarrollados, de tendencia vertical. En función de la sin-

taxis compositiva de algunos recipientes de estas características hallados en El Berrueco (Morán, 1923-24, lám. VII-B) y El Castillo de Carpio Bernardo, en los que la decoración se descompone en varios radios sobre el fondo (lo que nunca ocurre en San Román), en una faja horizontal en las paredes, y en un estrecho friso, único, en el interior del borde, se ha pretendido establecer un paralelo entre estas piezas y los cuencos de Ciempozuelos; paralelo esgrimido para reivindicar, una vez más, que Cogotas I derivaba del campaniforme de la Meseta. Dicha hipótesis, sin embargo, queda desprovista de casi todo su atractivo cuando se comprueba la ausencia absoluta de las formas que nos ocupan en los yacimientos, ya citados, más representativos del origen de Cogotas I —Los Tolmos (Jimeno, 1984), El Castillo de Rábano (inérito) o Cogeces del Monte (Delibes y Fernández, 1981)—, y su exclusiva aparición precisamente en las estaciones con predominio de los vasos troncocónicos evolucionados y abigarradas decoraciones excisas y del Boquique, esto es, además de San Román, las de Sanchorreja, El Berrueco, el Arenero de los Vascos, o los asentamientos de Carpio Bernardo. A partir de estas observaciones se impone un veredicto bastante contundente sobre la cronología del enterramiento vallisoleitano de Renedo de Esgueva, con, precisamente, un cuenco de nuestro tipo decorado con ondas de boquique, ya que, en contra de la idea apuntada por Palol y Wattenberg (1974, 28-30) de que podría corresponder a un momento inicial del complejo de excisión y Boquique —anterior a la irrupción del «elemento europeo» de tanto peso en sus interpretaciones—, habríamos de acercar su edad a fechas próximas al cambio de milenio.

A diferencia de lo que ocurre en otros casos, la individualización de una categoría de «*vasijas con gibosidades*» no viene dada tanto por criterios estrictamente formales como por esta particularísima ornamentación de abultamientos que se conocen con el nombre de gibosidades. Esa es la razón por la que nos atrevemos a relacionar la única vasija de estas características de San Román —un vasito pequeño, no más que un cubilete— con una jarra bastante mayor, y sobre todo mucho más alta, del campo de hoyos del Teso del Cuerno, en Forfoleda (Salamanca) (Martín Benito, Jiménez, 1989, p. 21), o con una nueva jarrita, en este caso de tendencia abiertamente esférica, y bastante inhabitual en Cogotas I, presente entre los materiales del Arenero de Valdivia, en Madrid (Almagro, 1939, lám. VIII, n.º 5).

En principio mostraríamos cierta inclinación a considerar todas las vasijas con esta curiosa decoración contemporáneas de la ocupación de San Román, esto es de un momento avanzado de Cogotas I, atendiendo a las asociaciones seguras de La Requejada y a las presumidas para el material de Los Vascos. La referida pieza salmantina de Forfoleda, empero, se ha dicho podría proceder de un contexto ligeramente anterior —no desestiman Martín Benito y González Giménez una posible atribución Proto-Cogotas I del momento inicial del yacimiento a la vista de ciertas decoraciones de espigas, impresiones circulares, etc.—, aunque su ornamentación a base de «líneas cosidas» haría de esta jarra tetraglobular, máxime con su asa angulosa del estilo de la presente en nuestra forma E, un exponente bastante típico de las producciones cogotianas más evolucionadas, a asociar en la mencionada estación salmantina con los vasos troncocónicos de ondas de Boquique allí recuperados.

Las gibosidades son elementos relativamente comunes en la cerámica del cen-

tro y este de Europa desde la Edad del Bronce, por ejemplo en el círculo Otomani, los cuales encontraron buena acogida en algunos de los grupos occidentales de Campos de Urnas del Bronce Final (Mordant, 1970, 81). No somos partidarios, sin embargo, por sugestivo que resulte, de buscar las raíces de nuestras decoraciones en ese mundo, cuando dichos elementos muestran tan escasa representación en los «Urnfelder» antiguos del Noreste peninsular (Ruiz Zapatero, 1985, 716-737).

Las *jarras decoradas* (forma E), que no deben confundirse con las, generalmente mayores, de cerámica común, apenas están representadas en Hornija (dos ejemplares, más el asa de un tercero) y no mucho más en el resto del repertorio Cogotas I peninsular. Aunque se constaten vasijas de esa misma función en el Proto-Cogotas, por ejemplo en Los Tolmos de Caracena (Jimeno, 1984, fig. 11, E-3), no parecen haber sido ellas la fuente de inspiración de las nuestras, a juzgar por la distancia que las separa: suelen contar con perfil en «S», son siempre lisas, y poseen invariablemente asas de sección circular y diseño curvo, en vez de cuadrangular y anguloso, respectivamente, como las de San Román.

Piezas análogas, aunque no absolutamente idénticas, a las que nos ocupan se han hallado en distintos yacimientos del extrarradio de Madrid, en las estaciones salmantinas del Teso del Cuerno (Martín Benito, Jiménez, 1989, 21) y Carpio Bernardo, y en Bolaños de Campos (Valladolid) (Fernández, Palomino, 1990). De todas ellas, el último ejemplar y uno de los madrileños muestran asas tan historiadas como la del único recipiente completo de San Román y, curiosamente, decoración de daderos excisos análoga a la plasmada en otra pieza, de la que sólo se conserva un fragmento, del mismo yacimiento vallisoletano. Esta última circunstancia —la decoración excisa dominante— ha conducido a Fernández-Posse (1986, 484) a considerar todas estas jarras propias de un momento cronológico avanzado dentro del desarrollo de Cogotas I, lo cual, indirectamente, confirma que los abigarrados temas de retícula incisa, pese a su fuerte sabor Ciempozuelos, datan de esa misma época, pues constituyen la base decorativa de la jarra completa de San Román, repitiendo además idéntica sintaxis compositiva —particularmente en la zona bajo el asa— que los recipientes excisos. En resumidas cuentas, las jarras del tipo considerado poseen un alto valor diagnóstico para definir horizontes avanzados de Cogotas I, lo que constituye un argumento más para llevar también a ese momento la pieza tetralobulada, igualmente con asa, del salmatino Teso del Cuerno de Forfoleda.

También la personalidad decorativa de las cerámicas de San Román es, según vimos, acusadísima, lo que las convierte en preciada piedra de toque para la discusión de la secuencia Cogotas I. Afirmar que incisión, Boquique, excisión e impresión son las técnicas que ordinariamente y por este orden participan en la ornamentación de los vasos, no supone aportación alguna, por más que signifique reconocer la novedosa incorporación de Boquique y excisión al anterior repertorio protocogotiano. Para nuestras pretensiones puede resultar del todo ocioso preguntarse por el origen del Boquique o de la excisión, cuestiones ambas ampliamente debatidas, pero no tanto investigar sobre el momento exacto en que tales técnicas comenzaron a participar en la decoración de los vasos. La clave de la controversia en este aspecto se sitúa, una vez más, en Los Tolmos de Caracena, un yacimiento sin duda Proto-Cogotas, pero en el que ya comparecen, aunque tímidamente, algu-

nos fragmentos decorados con las técnicas referidas. A cambio, tanto en El Castillo de Rábano (excavaciones J.A.R.M.), como en La Plaza de Cogeces, ambos en Valladolid, constatamos ambientes que el C-14 no vacila en situar en los mismos parámetros que la estación soriana (siglos XV-XIV a. C.), en los que únicamente se registran decoraciones incisas de espigas y, todo lo más, en el primero, impresas, no existiendo el menor atisbo de punto en raya o mordidos excisos.

¿Hubo realmente comportamientos cerámicos diferenciados —en definitiva, estilos— en uno y otro ámbito? Tal podría ser una de las hipótesis deducidas del planteamiento anterior, que abrigaría el interés de sugerir que el reciclamiento de Boquique y excisión (¿a partir, respectivamente, del «punto en raya» de la cerámica de las cuevas y de las pseudoexcisiones Ciempozuelos?) se fraguó en este espacio del oriente meseteño, desde el cual posteriormente desbordaría al centro y oeste de la cuenca. Algunos pequeños detalles, como la correspondencia de ciertas excisiones aragonesas de la zona de Alfambra al Bronce Antiguo (Burillo, 1989, 13), y como las altas fechas C-14 del célebre Cabezo Redondo, en Alicante (Soler García, 1986, 400, lám. II), por no citar la posible antigüedad de la taza, igualmente excisa, de Serinyá (Molina y Arteaga, 1976, 178-9), avalarían en cierta medida el planteamiento anterior. Sin embargo, no descartamos que, aunque el arranque del poblamiento en Los Tolmos date, en efecto, del siglo XV, los materiales cerámicos decorados con excisión y Boquique —que curiosamente, en su mayor parte, proceden de prospección superficial; que en su totalidad corresponden a vasos troncocónicos típicos, más evolucionados que las cazuelas carenadas de fondo convexo, propias del Proto-Cogotas; y que, tal vez significativamente, se asocian a las fechas C-14 más modernas del yacimiento, de hacia el 1.200 a. C. (Jimeno, 1984, 200-1)— pudieran corresponder a ocupaciones algo posteriores, de la plenitud cogotiana, con lo que las supuestas diferencias estilísticas entre las cerámicas del formativo del este y centro de la Meseta serían más aparentes que reales.

En rigor, ésos son los términos en que puede plantearse el problema en la actualidad: sin, por descontado, soluciones definitivas, ni tan siquiera un nivel de respuesta aceptable. Empero, ello no será obstáculo para que por nuestra parte sigamos proclamando que excisión y Boquique son, por encima de sus oscuros orígenes y gestación, técnicas propias del repertorio cerámico de la plenitud Cogotas I, no generalizándose antes del siglo XIII a. C.

La idea tradicional de que entre Ciempozuelos y Cogotas I existía un sólido nexo, indicio de auténtica continuidad cultural entre ambos mundos, se apoyaba sobre todo en la analogía ornamental de sus cerámicas: ambas de incrustación, con predominio de motivos incisos, y con una tendencia bastante acentuada a decorarse en el interior de los bordes. Tal continuidad fue proclamada por Maluquer (1960, 137-8) en términos absolutamente lineales, al defender que el campaniforme inciso de la Meseta había sido el exponente cerámico local a lo largo de toda la Edad del Bronce, mientras que el alumbramiento de Cogotas tenía lugar inmediatamente después, en el inicio del Primer Hierro. En la actualidad, aparte de haberse envejecido considerablemente la cronología de uno y otro fenómeno, nos encontramos con que entre Ciempozuelos y el supuesto epígono cogotiano de excisión y Boquique medían poco menos de cinco siglos, y además un preámbulo —el Proto-Cogotas— que

malamente ejerce, en el plano de la alfarería, el papel de eslabón que en principio parecía exigirle el ya enunciado planteamiento de la continuidad. Hoy, por tanto, nos enfrentamos, no sin sorpresa, ante el hecho de hallar mayores afinidades entre las cerámicas de Ciempozuelos y Hornija que entre aquéllas y las de la etapa formativa de Cogotas I, de tal suerte que lo que en principio interpretamos como simple y natural herencia ha adquirido tintes de «revival», o de regreso a patrones en gran medida perdidos.

Siguiendo la argumentación anterior, es interesante comprobar cómo en la vajilla decorada de San Román hay bastantes rasgos muy típicos —también por tanto de la plenitud Cogotas I (pensamos igualmente en El Berrueco, Carpio Bernardo, Ecce Homo, S. Pedro Regalado, etc.)—, los cuales, figurando en la cerámica de Ciempozuelos, no se encuentran después en lo que tendría que haber sido su proyección natural, el Proto-Cogotas. Nos referimos, por ejemplo, a las series de «cosidos», a los frisos estrechos de trazos verticales entre largas paralelas, o a los cordones pseudoexcisos, que reaparecen en la colección de Hornija, cual misterioso Guadiana, tras siglos de silencio. El comportamiento es mucho más regular en el caso de los motivos de retícula y espiga, aunque los primeros, tras una grave crisis proto-cogotiana, recobrarán su esplendor en el óptimo de la cultura, y al contrario —aunque mucho más lógicamente— actúan otros temas, como, sobre todo, los círculos impresos, los triángulos rayados interiormente o punteados, que se transmiten de Ciempozuelos a la cerámica del formativo para, muy particularmente en los dos primeros casos, no encontrar cabida en los repertorios decorativos del Cogotas I clásico.

Ante alguna de las mencionadas pérdidas, de tan difícil explicación, los ceramistas de San Román de Hornija y coetáneos, además de recurrir, como hemos visto, a los viejos muestrarios campaniformes, introdujeron temas novedosos, muy apropiados para el lucimiento de las modernas técnicas, excisión (dameros, dobles hachas, y triángulos enfrentados, sobre todo) y Boquique (guirnaldas), y el resultado, pese a mantenerse en gran medida el mismo marco espacial del Proto-Cogotas —el cambio de la cazuela carenada por el vaso troncocónico no supone excesiva variación— y la idea de la decoración del interior del borde, es la aparición de decoraciones mucho más abigarradas que las de la fase previa. Entonces, en efecto, prevalecían las distribuciones lineales, prácticamente limitadas a dos simplicísimos frisos adecuados a la carena y al labio del borde, a más de algún tema radial en la panza de no mayor complejidad. Ahora las sintaxis se complican; a lo largo de casi todo el borde se disponen motivos verticales, en alternancia, que originan composiciones metopadas, y será sobre todo en la zona más alta de la panza, inmediatamente bajo la carena, donde se desarrolle la decoración principal, con frecuencia unida al pie merced a varios tirantes radiales que penden de la misma.

Por último, en el terreno de las especies comunes, la colección cerámica de Hornija también se desmarca ostensiblemente de otras Proto-Cogotas, circunstancia que se aprecia con relativa nitidez comparando nuestros barros con los de Los Tolmos de Caracena. En lo que concierne a las ollas / orzas, por ejemplo, en San Román, prácticamente sólo están representados los modelos lisos de perfil en «S» y borde apenas indicado, frente al predominio de los de borde acusadamente exvasado del

yacimiento soriano (Jimeno, 1984, 77 y 93-4) que, además, son portadores con enorme frecuencia de decoraciones aplicadas de cordones como la que se registra en *una sola pieza* de la estación vallisoletana (fig. 18, n.º 15). Esta peculiaridad decorativa de Los Tolmos, que cabría atribuir a la mayor fuerza de la tradición cerámica del mundo de las cuevas en el oriente de la Meseta —dando lugar a especularse con un particular estilo Proto-Cogotas del Alto Duero—, tenemos la impresión, sin embargo, de que responde sobre todo a razones cronológicas, puesto que también en el Bronce Pleno del Duero Medio hay constancia de grandes vasos decorados con cordones, que, por lo advertido en El Castillo de Rábano, Valladolid (excavaciones de J.A.R.M.), se diluyen en un típico contexto Proto-Cogotas muy precoz para desaparecer prácticamente por completo en el conocido «horizonte Cogeces», mucho antes, pues, de la plenitud cogotiana.

Las diferencias igualmente podrían expresarse en el capítulo de los cuencos, bastante escasos en Hornija y numerosísimos en Caracena, con la peculiaridad de que los modelos de mayor aceptación en el hábitat soriano —los planos, los hemisféricos o en casquete esférico, etc., que representan más o menos el 30% de todo el material cerámico exhumado por Jimeno (1984, 90-1)— se hallan virtualmente ausentes en La Requejada, donde —como parece suceder, asimismo, en un yacimiento asimilable, El Negrалеjo (Blasco Bosqued, 1983, 110-7)— prevalecen los tipos más profundos y de labio abierto.

Por último, si los detalles anteriores se refieren fundamentalmente a elementos protocogotas que se pierden en la evolución de este complejo hacia el pleno Cogotas I, también nos parece interesante hacer hincapié en situaciones inversas: la presencia en San Román de materiales ausentes en yacimientos formativos, lo que nos induce a considerarles emblemas de la etapa de plenitud. Es el caso concreto de las vasijas, de distintas formas, exhaustivamente decoradas con impresiones digitales, sin parangón en las estaciones cogotianas más precoces y ya representadas en contextos del Bronce Tardío más avanzado y Final, caso de La Cuesta del Negro de Purullena (Molina y Pareja, 1975, fig. 92, 405-6), El Negrалеjo (Blasco Bosqued, 1983, fig. 18, 7), El Ecce Homo (Almagro y Fernández Galiano, 1980), etc. Por idénticos motivos, nos manifestamos partidarios de considerar también propia del Cogotas I pleno a la forma L-3 —una olla/orza con cuatro asas de perforación vertical, dos a dos, desconocida en repertorios antiguos— para la que tan sólo hemos hallado paralelos en el yacimiento madrileño sito a la izquierda del km. 3,5 de la carretera de San Martín de la Vega (Méndez Madariaga, Gálvez, 1984, fig. 5, n.º 11) y en el yacimiento alavés de Los Goros, con el interés de su clásica decoración de Boquique (VV.AA., 1983, 108).

Epílogo

Con mayor o menor fortuna, hemos dado a conocer de forma sistemática los materiales cerámicos de San Román de Hornija, dotándonos de paso de una herramienta de cronología relativa fundamental para la seriación de Cogotas I en la cuenca media del Duero, en tanto que parece firme que la alfarería de La Requejada data de un momento próximo al año 1000 a. C.

Al hilo de tal discurso, hemos ido comprobando la personalidad de las producciones cerámicas de la plenitud de Cogotas I, subrayando sus afinidades y diferencias respecto a los conjuntos de algunas de las estaciones más representativas del período formativo (Arevalillo, Cogeces, Los Tolmos), y advirtiendo que muchos de los rasgos ornamentales que tradicionalmente sirvieron para hablar de nexo entre Ciempozuelos y Cogotas I —las pseudoexcisiones, las retículas, las abigarradas decoraciones de estrechos frisos horizontales, etc.— son en realidad recreaciones tardías, sin mayor continuidad respecto al campaniforme de la Mesetea, como lo prueba su ausencia en el repertorio protocogotiano.

Por último, llamamos la atención sobre el hecho de que el material cerámico de Hornija es sólo representativo de una determinada fase del desarrollo de Cogotas I y de un espacio geográfico muy concreto: el centro de la submeseta norte. El detalle es de gran importancia para no caer en la simplificación de considerar idénticas las producciones vasculares cogotianas de todo el vasto territorio de esta cultura y para subrayar la necesidad de que se estudien de manera particular las de cada zona, precisamente al objeto de captar sus peculiaridades y de poder preguntarnos por las razones de la existencia de éstas.

BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO BASCH, M., (1939), «La cerámica excisa de la I Edad del Hierro de la Península Ibérica», *Ampurias*, I, p. 138-158.
- (1957), «Las fíbulas de codo de tipo Huelva. Sus tipos y cronología», *Cuadernos de trabajo de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma*, IX, pp. 7-46.
- (1960), *La invasión céltica en España*, en Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal, I, 2, 2.^a ed., Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M., (1977), «El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura», *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, XIV.
- ALMAGRO GORBEA, M., y FERNANDEZ GALIANO, D., (1980), «Excavaciones en el Cerro Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid), Madrid.
- ALVAREZ CLAVIJO, P., PEREZ ARRONDO, C. L., 1987, «La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en el Valle Alto y Medio del Ebro», *Historia*, 8, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño.
- BLASCO BOSQUED, M. C., (1987), «Un ejemplar de fíbula de codo 'ad occhio' en el valle del Manzanares», *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología*, 23, pp. 18-28.
- (1983), «Un nuevo yacimiento del Bronce madrileño: El Negrалеjo (Rivas-Vaciamadrid, Madrid)», *Noticiario Arqueológico Hispano*, 17, pp. 43-190.
- BOSCH GIMPERA, P., (1942), «Two celtic waves in Spain», *Papers of British Academy*, London.
- BURILLO MOZOTA, F., (1989), «Substrato de las etnias prerromanas. Valle del Ebro-Pirineos», *Congreso de Paleontología de la Península Ibérica*, I, Paleontogénesis, Madrid, 1989, Texto Mecanografiado.
- CABRE AGUILLO, J., (1929), «Cerámica de la segunda mitad de la época del Bronce en la Península Ibérica», *Actas y Mem. de la Soc. Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, VIII, p. 205-245.
- CARRASCO, J., PACHON, J. A., PASTOR, M., y GAMIZ, J., (1987), «La espada de lengua de carpa del 'Cerro de La Mora' (Moraleda de Zafayona) y su contexto arqueo-

- lógico. Nuevas aportaciones para el conocimiento del Bronce Final en el Sudeste Peninsular,
- DELIBES DE CASTRO, G., (1978), «Una inhumación de las facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)», *Trabajos de Prehistoria*, 35, pp. 225-250.
- DELIBES DE CASTRO, G., FERNANDEZ MANZANO, J., (1981), «El castro protohistórico de 'La Plaza' en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I», *B.S.A.A.*, XLVII, pp. 51-70.
- DELIBES, G. y ROMERO, F. (1989) La Meseta Norte, en *Congreso de Paleontología de la Península Ibérica*, I, Paleontogénesis, Madrid, Texto Mecanografiado.
- FERNANDEZ MANZANO, J., PALOMINO LAZARO, A., (1990), «Cogotas I en Tierra de Campos: el yacimiento de Pórragos en Bolaños (Valladolid)», en prensa.
- FERNANDEZ MIRANDA, M., y RUIZ-GALVEZ, M. L., (1980), «El depósito de la Ría de Huelva y su contexto cultural», *Oskitania*, I, p. 65.
- FERNANDEZ-POSSE, M. D., (1981), «La cueva de Arevalillo de Cega (Segovia)», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12, pp. 43-84.
- (1982), «Consideraciones sobre la técnica de Boquique», *Trabajos de Prehistoria*, 39, pp. 137-159.
- (1986), *La Cultura de Cogotas I*, en Homenaje a Luis Siret (1934-1984), Cuevas de Almazora, pp. 475-487.
- GIL-MASCARELL, M., PEÑA SANCHEZ, J. L., (1989), «La fíbula 'ad occhio' del yacimiento de la Mola d'Agrés», *Saguntum*, 22, pp. 125-146.
- GONZALEZ-TABLAS SASTRE, F. J., (1984-5), «Proto-Cogotas I o el Bronce Medio de la Meseta: La Gravera de 'Puente Viejo' (Avila)», *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, pp. 267-276.
- HARRISON, R. J., (1984), «Nuevas bases para el estudio de la paleoeconomía de la Edad del Bronce en el norte de España», en *Scripta Praehistorica. Francisco Jordá oblata*, Salamanca, pp. 287-315.
- HARRISON, R. J., MORENO LOPEZ, G. y LEGGE, A. J., (1987), «Moncín: poblado prehistórico de la Edad del Bronce (I)», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 29, pp. 7-102.
- HODDER, I., (1979), «Pottery distributions: Service and tribal areas», *Institute of Archaeology. University of London. Occasional Publications*, n.º 4, pp. 7-24.
- JIMENO, A., (1984), «Los Tolmos de Caracena (Soria)», *Excavaciones Arqueológicas en España*, 134.
- JONES, R.F.J., (1979), «Why pottery?», *Institut of Archaeology. University of London. Occasional publications*, n.º 4, pp. 1-5.
- LLANOS, A., (1983), «Campos de depósitos en hoyos y depósitos en cuevas», en *Museo Arqueológico de Alava*, Vitoria, pp. 101-108.
- MALUQUER DE MOTES, J., (1956), «La técnica de incrustación del Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro», *Zephyrus*, VII, pp. 179-206.
- (1958-a), «Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)», *Acta Salmanticensia*, t. XIV, n.º 1.
- (1958-b), *El Castro de Los Castillejos en Sanchorreja*, Avila-Salamanca.
- (1960), *Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta*, Primer symposium de Prehistoria de la Península Ibérica, septiembre, 1959, Pamplona, pp. 125-159.
- MARTIN DE LA CRUZ, J. C., (1987), «El Llanete de Los Moros, Montoro (Córdoba)», *Excavaciones Arqueológicas en España*, 151.
- MARTIN BENITO, J. I., JIMENEZ GONZALEZ, M. C., (1989), «El campo de hoyos del Teso del Cuerno», *Revista de Arqueología*, 99, pp. 18-28.
- MARTIN VALLS, R., y DELIBES DE CASTRO, G., (1972), «Nuevos yacimientos de

- la primera Edad del Hierro en la Meseta Norte», *B.S.A.A.*, XXXVIII, pp. 5-54.
- (1973), «Recientes hallazgos cerámicos en la fase Cogotas I en la Provincia de Salamanca», *B.S.A.A.*, XXXIX, pp. 395-402.
- (1976), «Sobre la cerámica de la fase Cogotas I», *B.S.A.A.*, XLII, pp. 5-18.
- MARTINEZ NAVARRETE, M. I., MENDEZ MADARIAGA, A., (1983), «Arenero de Soto. Yacimiento de 'fondos de cabaña' del Horizonte Cogotas I», *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, n.º 2, pp. 183-254.
- MILLET, M., (1979), «An approach to the functional interpretation of pottery», *Institute of Archaeology. University of London. Occasional Publications*, n.º 4, pp. 35-48.
- MENDEZ MADARIAGA, A., GALVEZ ALCARAZ, P., (1984), «Nuevos materiales de la Edad del Bronce en el término de Madrid. El yacimiento del km. 3'5 izquierda de la carretera de San Martín de la Vega», *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, pp. 34-69.
- MOLINA GONZALEZ, F., (1978), «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, III, pp. 159-232.
- MOLINA, F., PAREJA, E., (1975), «Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Campaña de 1971», *Excavaciones Arqueológicas en España*, 86.
- MOLINA, F., y ARTEAGA, O., (1976), «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica excisa en la Península Ibérica», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, I, pp. 175-214.
- MORAN, C., (1923-1924), *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco*, Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, n.º 65.
- MORDANT, C. y D., (1970), *Le site préhistorique des Gours aux Lions a Marolles-sur-Seine (Seine et Marne)*, Paris.
- OLIVEIRA JORGE, S., (1988), *O povoado da Bouça do Frade (Baiao) no quadro do Bronze Final do Norte de Portugal*, Grupo de Estudos arqueológicos do Porto, Monografías Arqueológicas, 2.
- PALOL SALELLAS, P. de, (1963), «Notas para la sistematización de la primera Edad del Hierro en Castilla la Vieja. Los silos de San Pedro Regalado de Valladolid», en *Homenaje a Pedro Bosch Gimpera*, México.
- PALOL, P. de, WATTENBERG, F., (1974), *Carta Arqueológica de España*. Valladolid, Valladolid.
- RODRIGUEZ MARCOS, J. A., (1985) *EL yacimiento de San Román de Hornija (Valladolid) en el marco del Grupo Cultural Cogotas I*, Memoria de Licenciatura (inédita), Valladolid.
- RUIZ ZAPATERO, G., (1985), *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica*, Madrid.
- SANTONJA, M., y ALCALDE, G., (1982), «Aspectos de la ocupación humana antigua del Cañón de La Horadada (Palencia)», *Boletín de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 47, p. 359-387
- SCHUBART, H., ARTEAGA, O., (1983), «Excavaciones en Fuente Alamo (II)», *Revista de Arqueología*, n.º 25, pp. 54-63.
- SOLER GARCIA, J. M. (1986), *La Edad del Bronce en la comarca de Villena*, en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Cuevas de Almanzora, pp. 381-404.
- SPAULDING, A. C., (1953), «Statistical techniques for the discovery of artifact types», *American Antiquity*, 18, pp. 305-313.
- (1960), «Statistical description and comparison of artifact assemblages», en R. F., Heizer y S. F., Cook eds., *The application of quantitative methods in Archaeology*, Viking, fund. publications in anthropology, n.º 28, pp. 60-83.

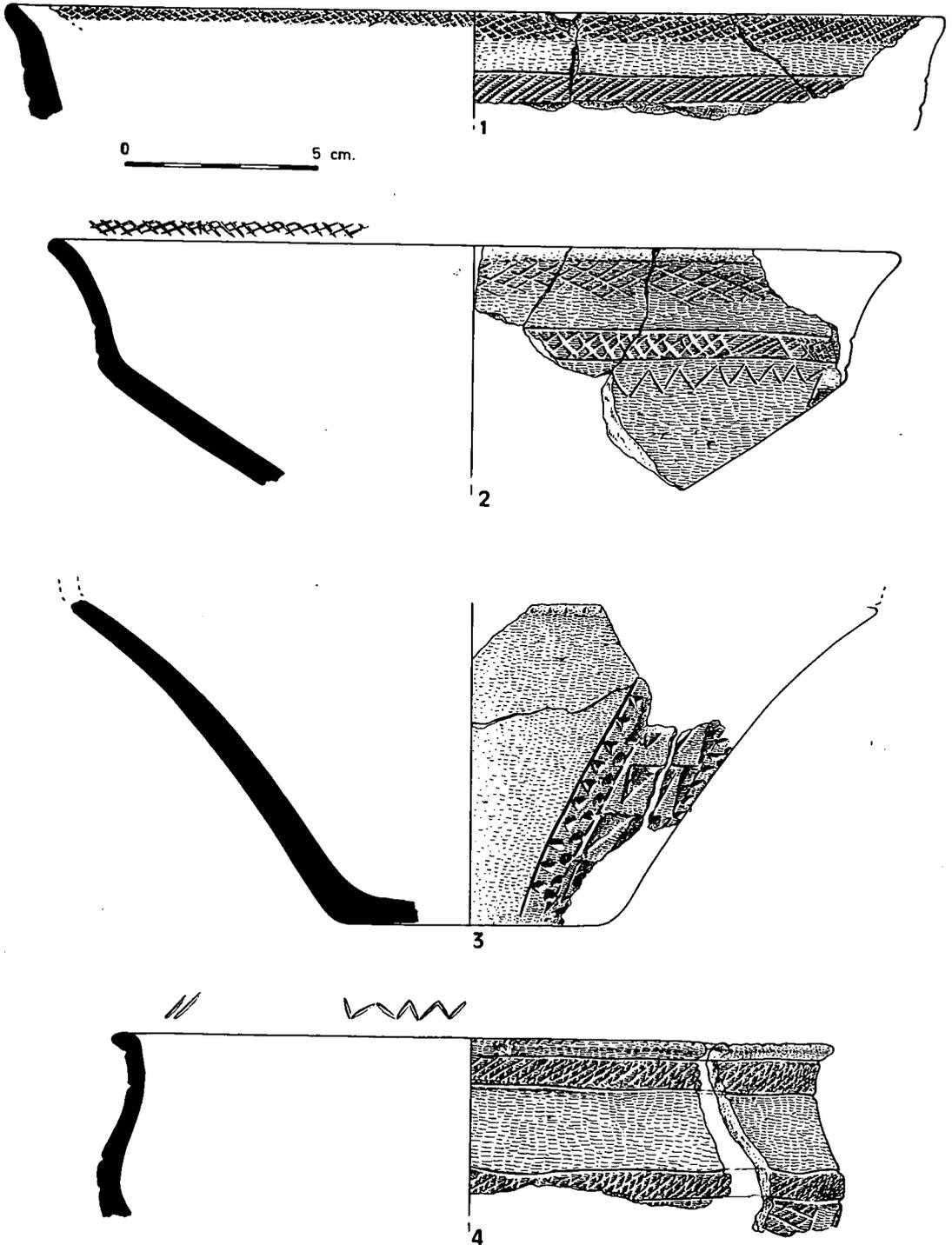


Fig. 7. Hoyo n.º 1. Recipientes troncocónicos decorados.

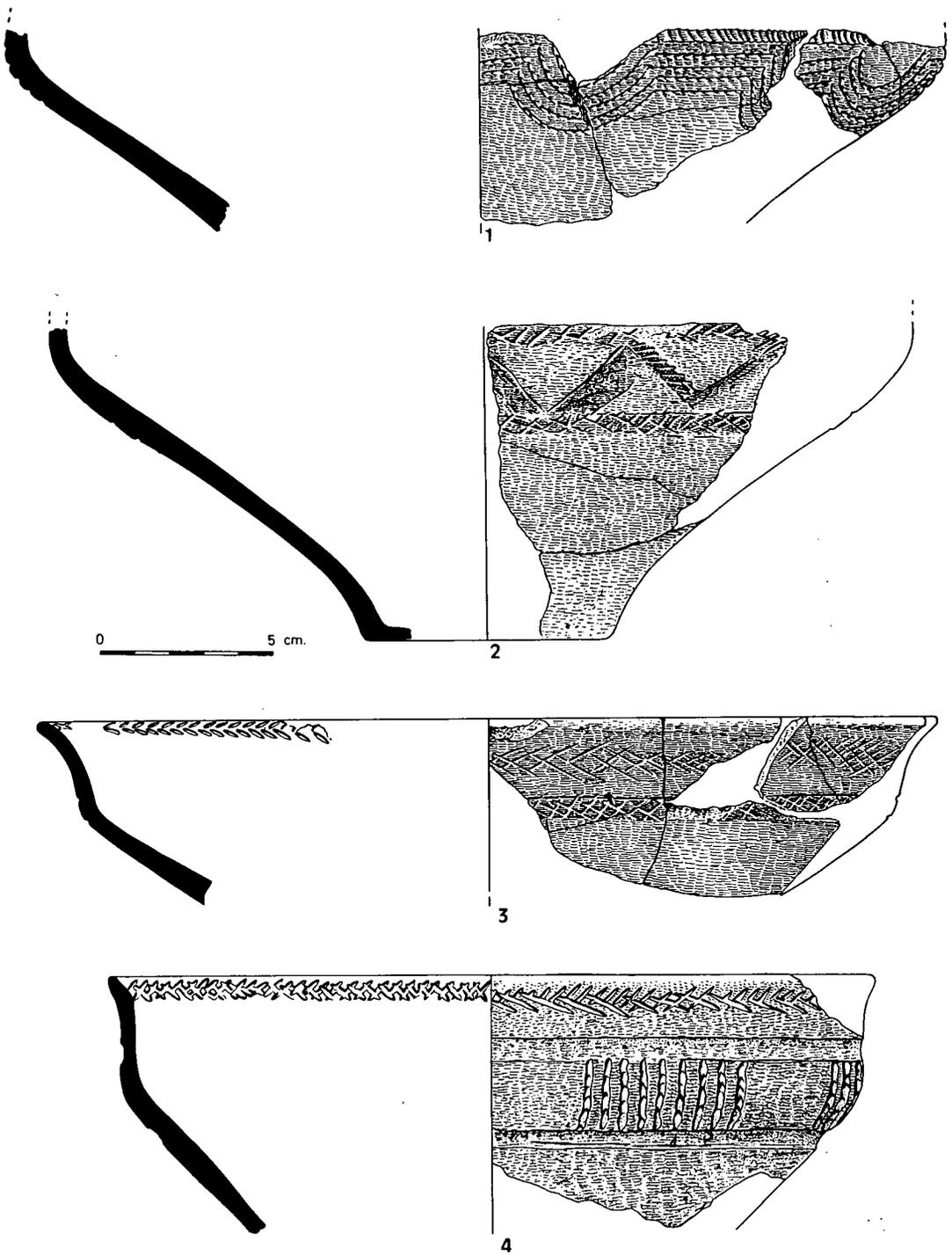


Fig. 8. Vasos troncocónicos procedentes del Hoyo n.º 1.

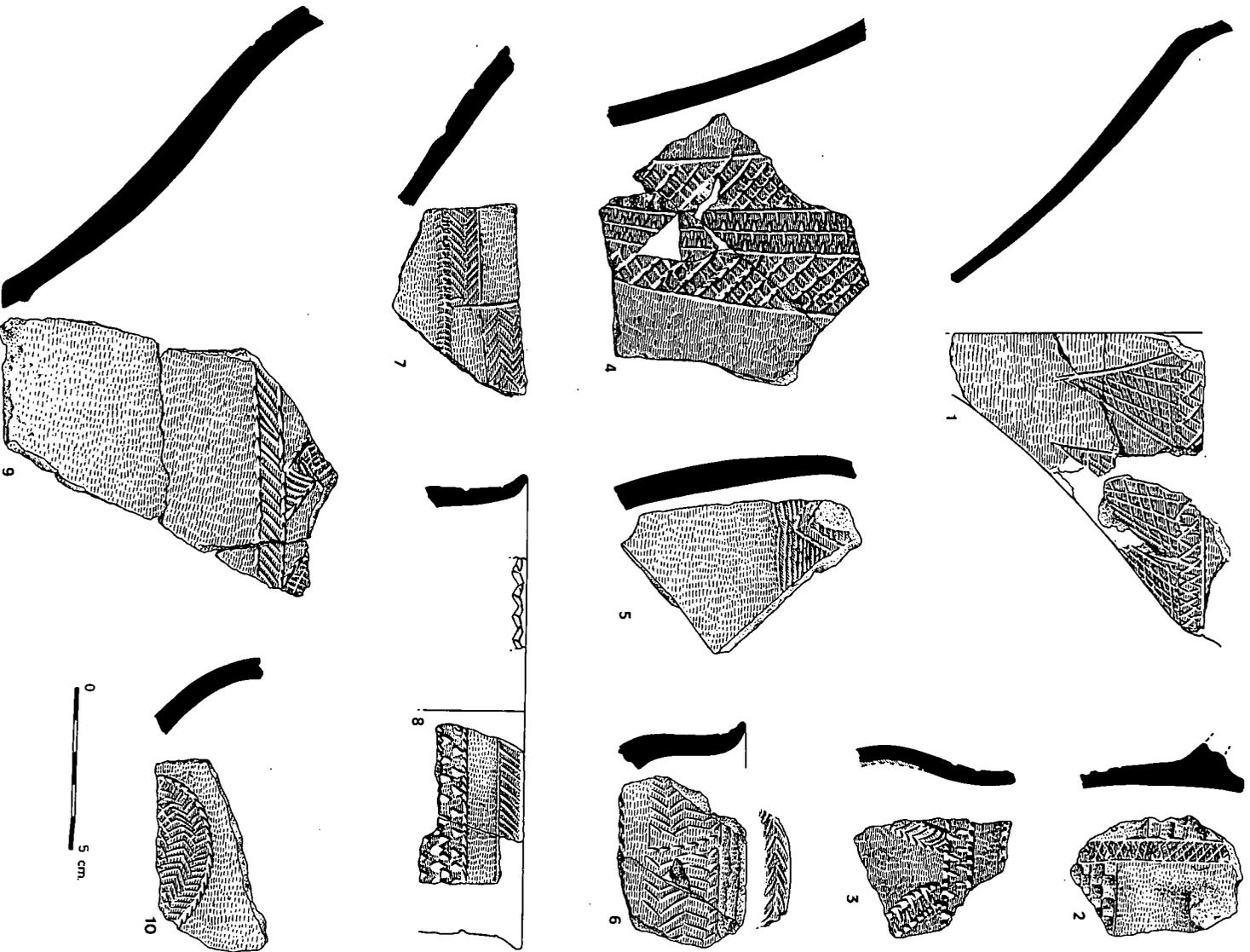


Fig. 9. Materiales Hoyo n.º 1.

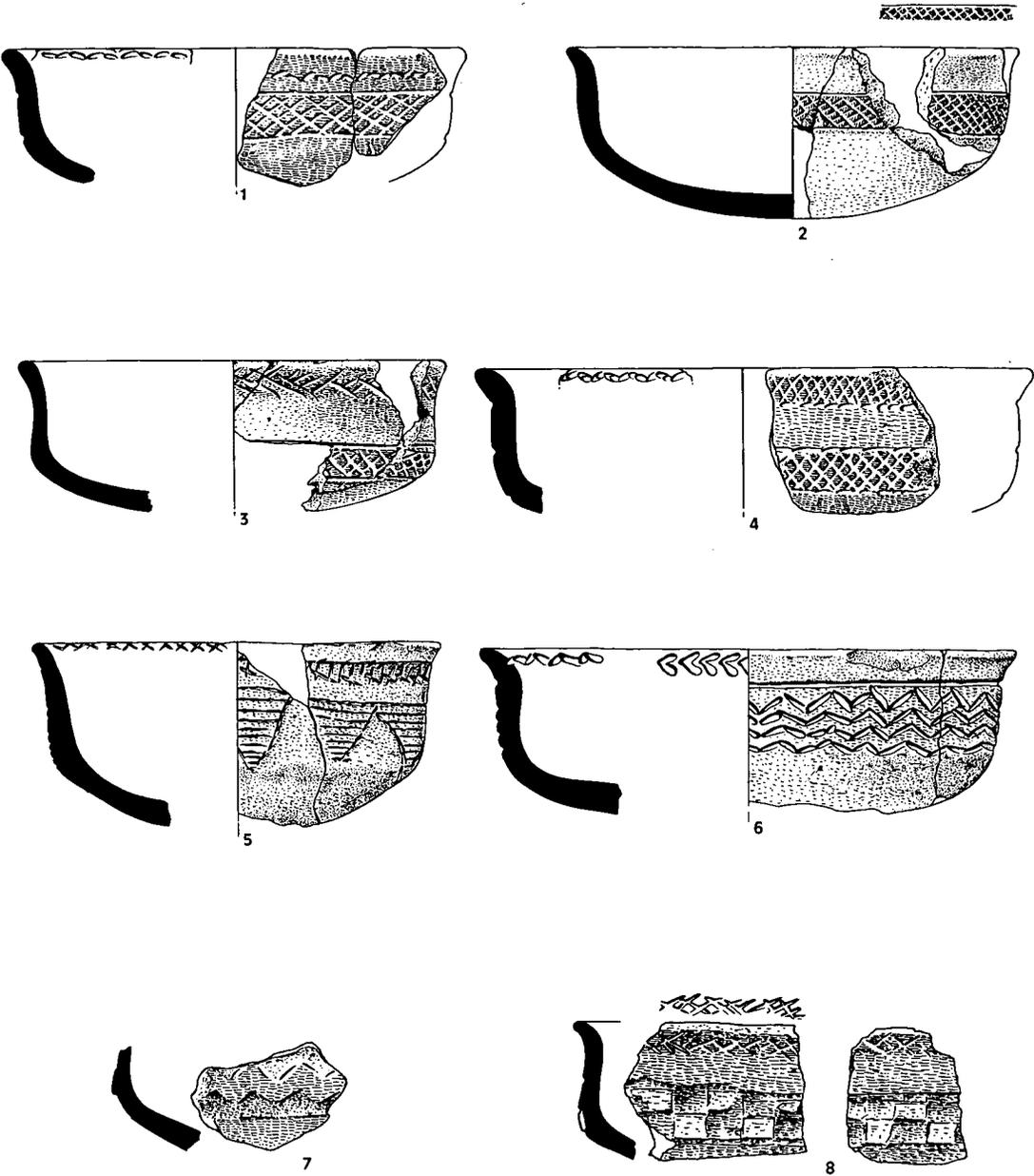


Fig. 10. Escudillas de fondo plano. N.º 1 a 7 Hoyo n.º 1. N.º 8 Hoyo n.º 2.

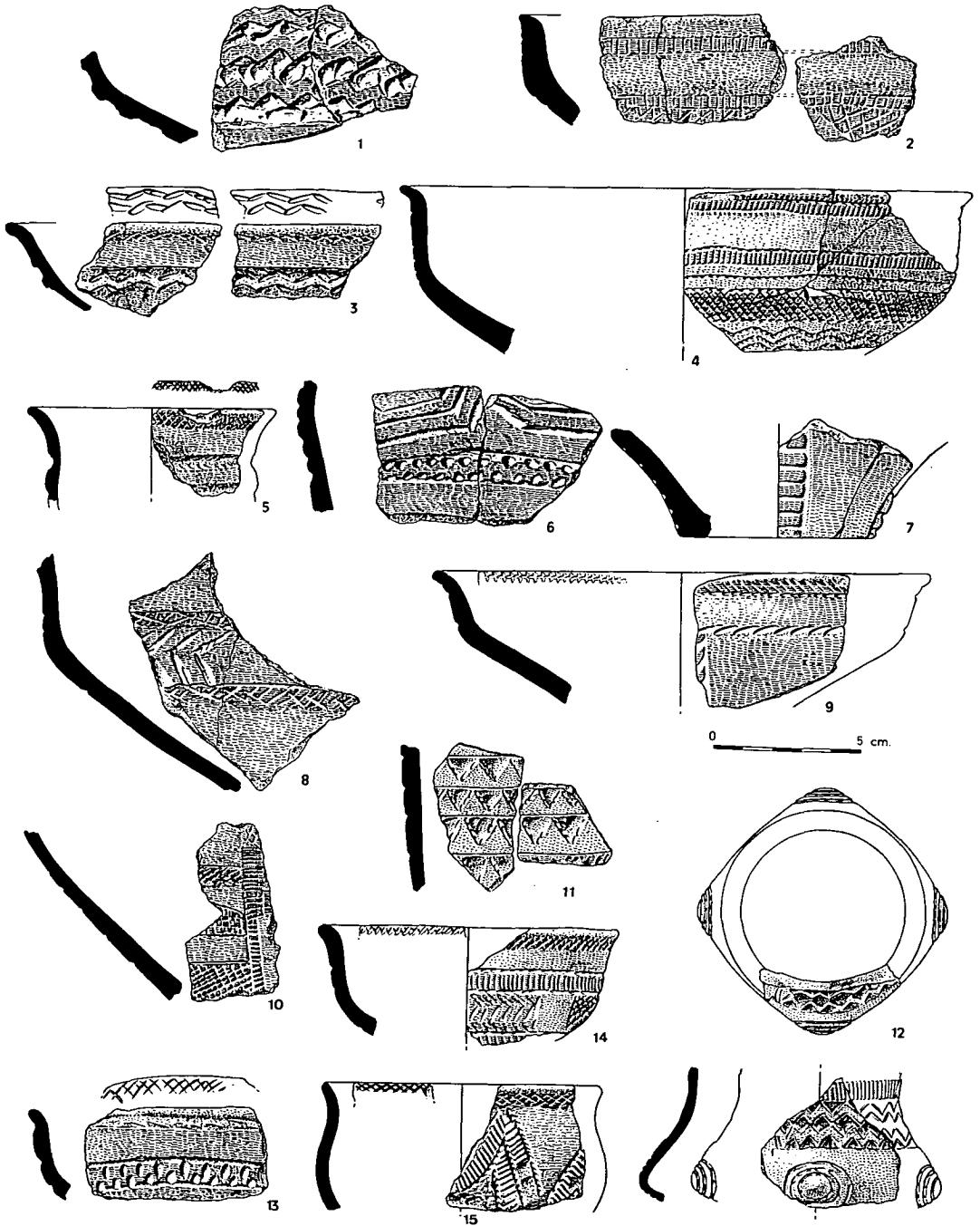


Fig. 11. Materiales de diversa procedencia. N.º 1 a 3 —Hoyo n.º 2—. N.º 4 —Hoyo n.º 3—. N.º 5 a 7 —Hoyo n.º 4—. N.º 8, 9 —Hoyo n.º 5—. N.º 10 —Hoyo n.º 8—. N.º 11, 12 —Hoyo n.º 7—. N.º 13, 14 —Nivel de ocupación—. N.º 15 —Prospecciones 1983—.

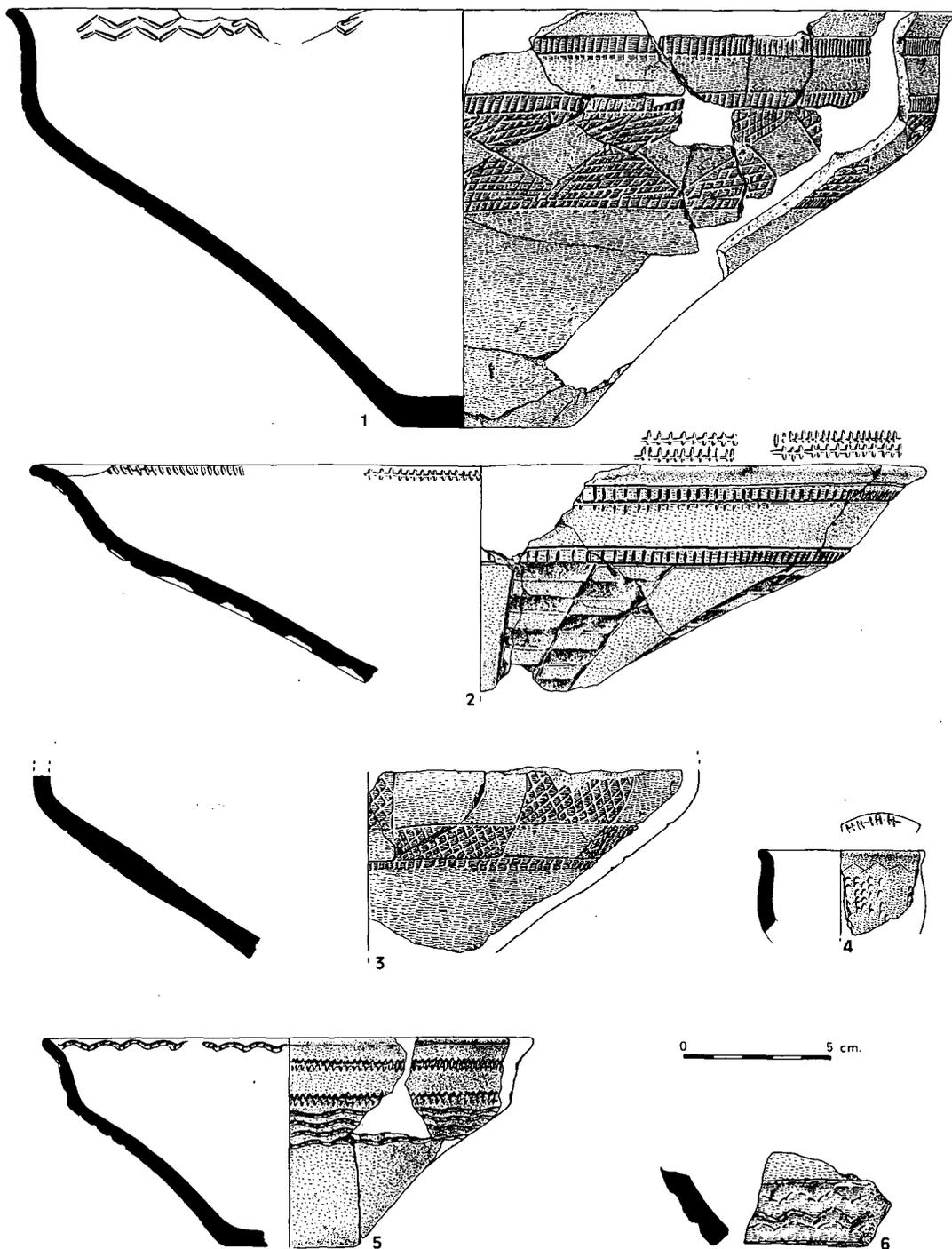
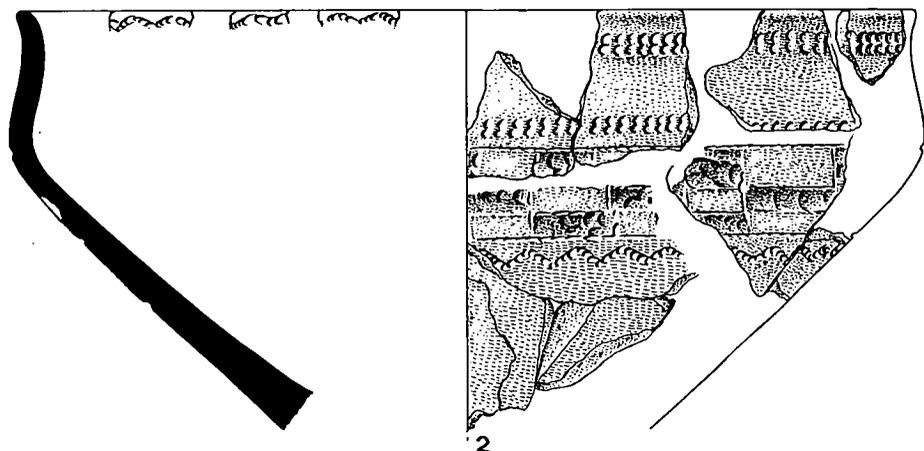
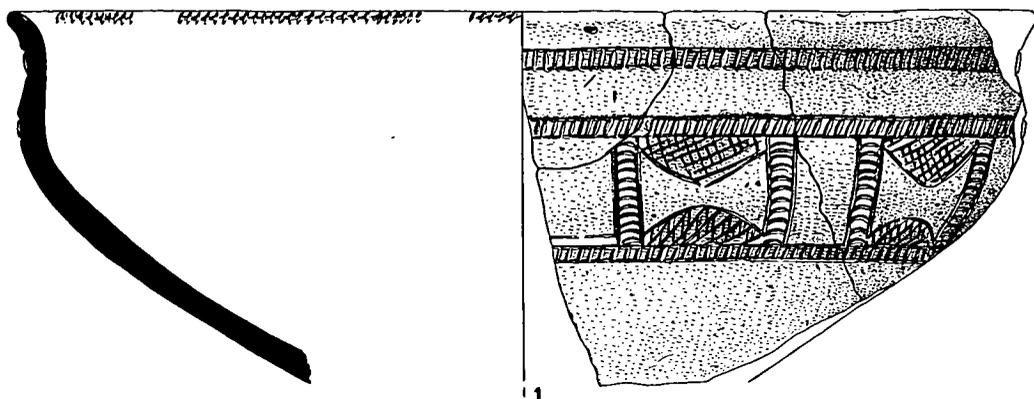


Fig. 12. Cerámica fina decorada Hogar E-V.



0 5 cm.

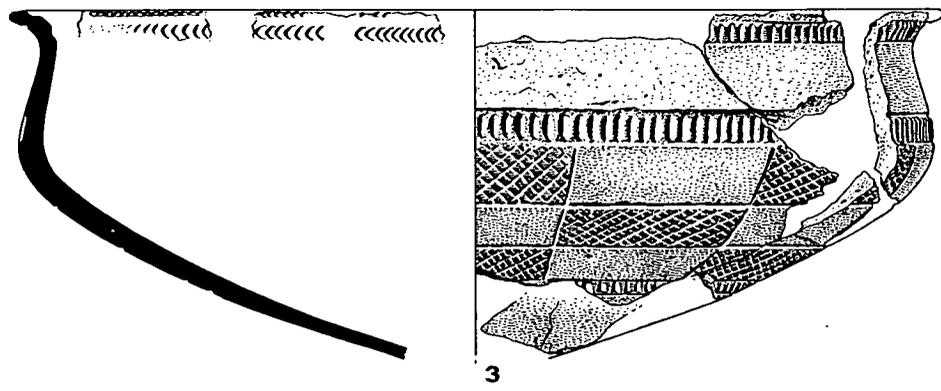


Fig. 13. Vasos troncocónicos decorados del Hogar E-V.

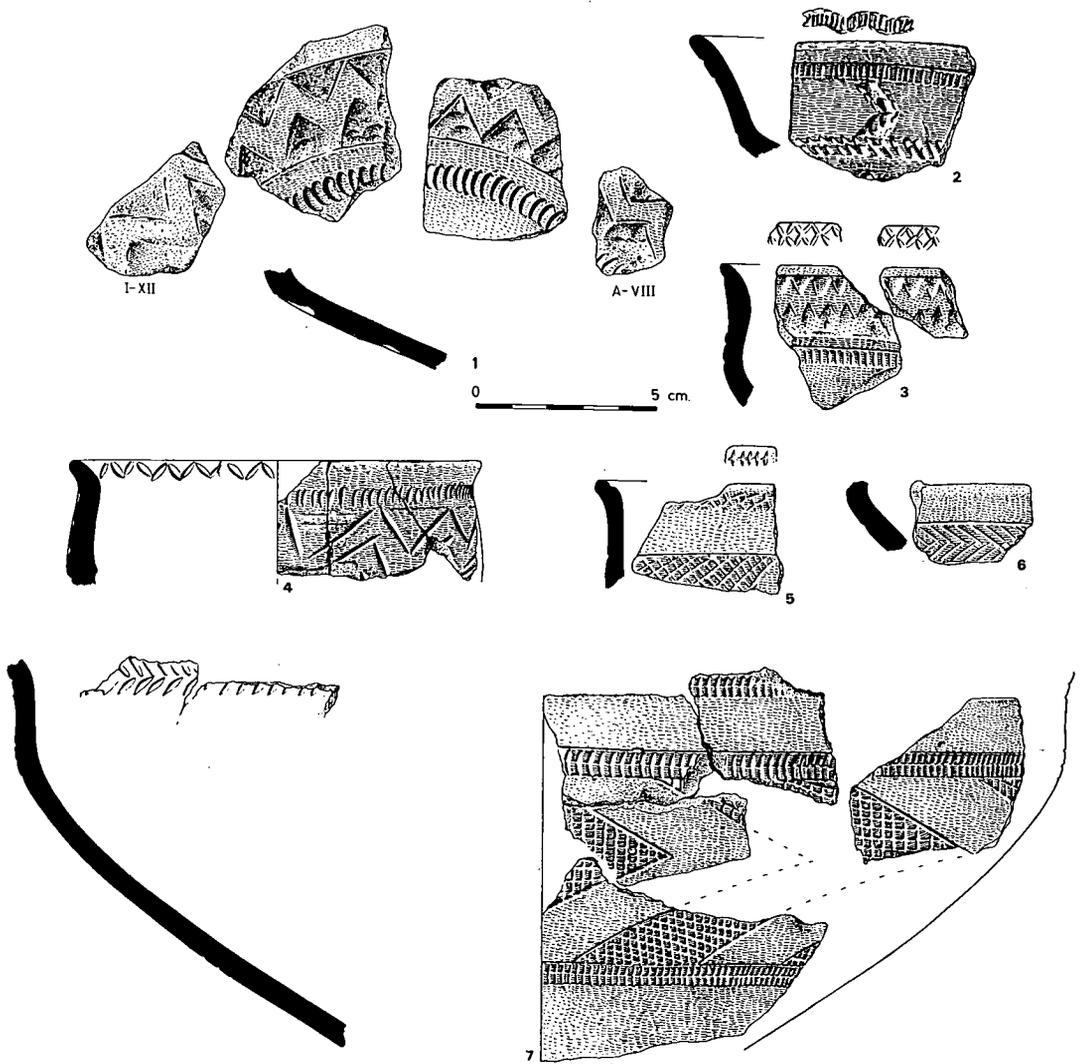


Fig. 14. Materiales de la Tumba.

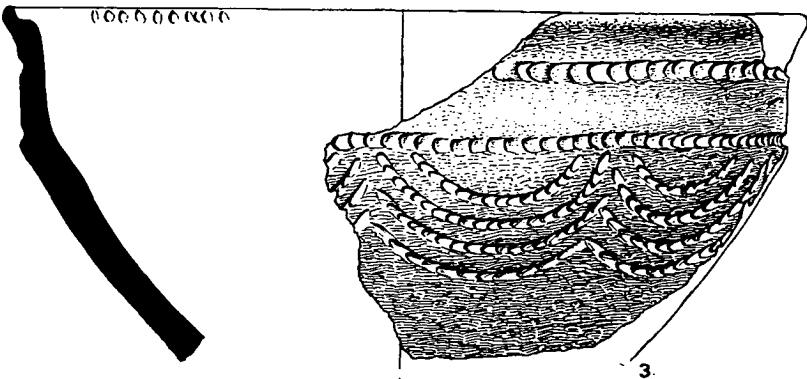
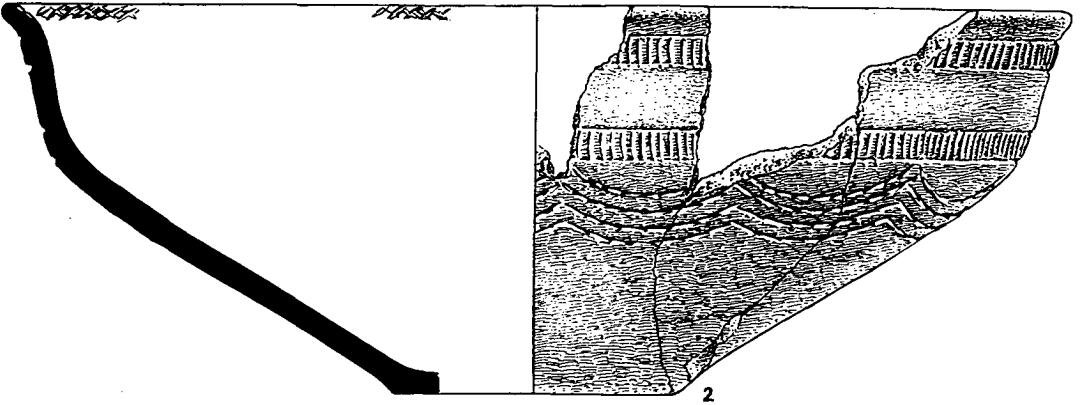
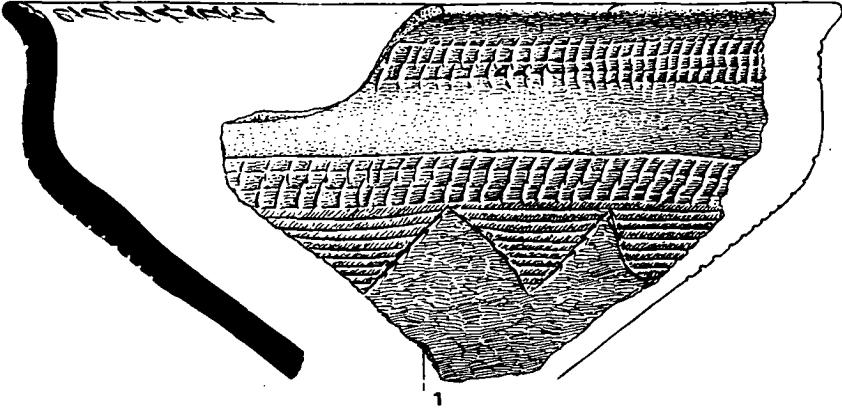


Fig. 15. Vasos troncocónicos —Prospecciones 1983—.

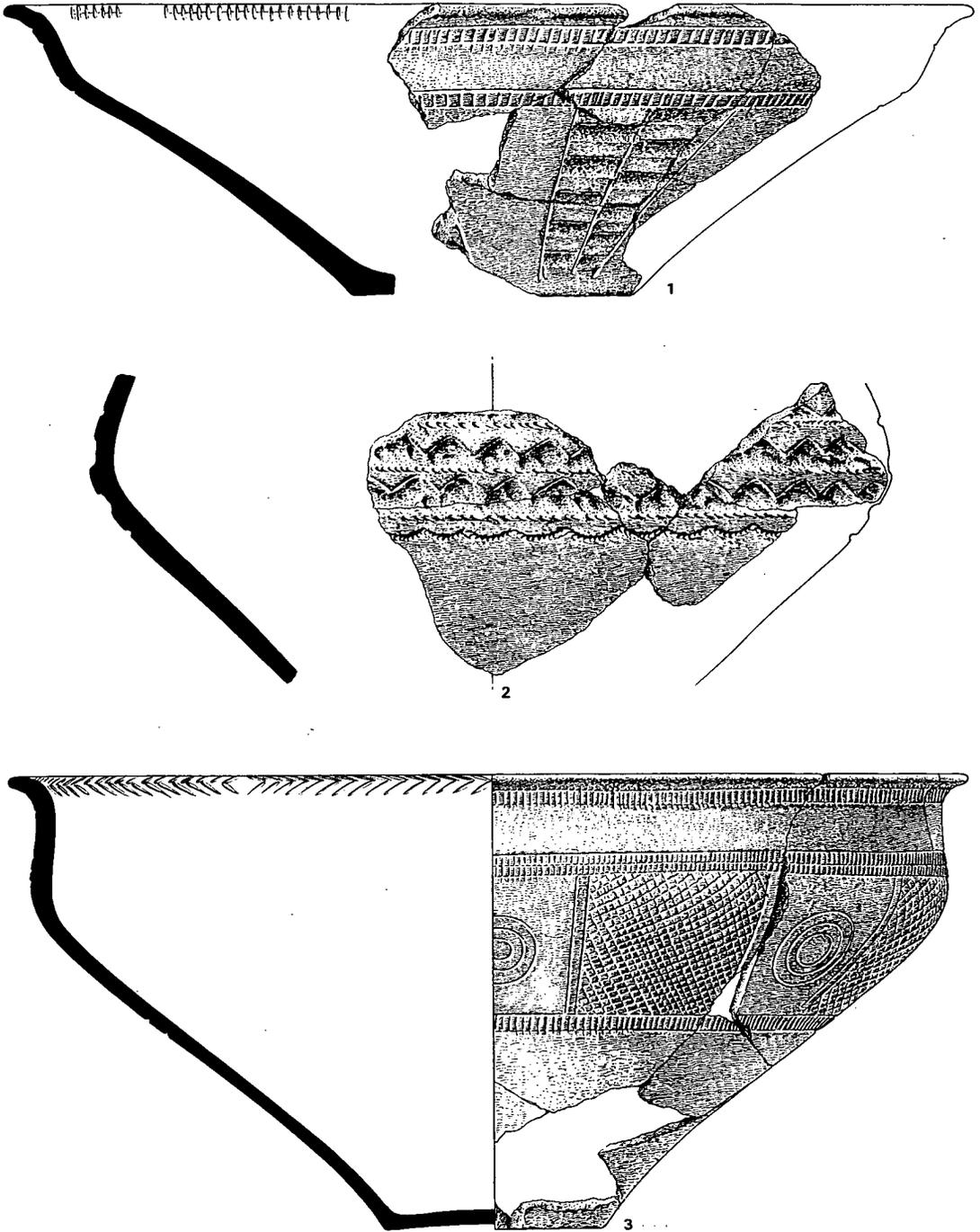
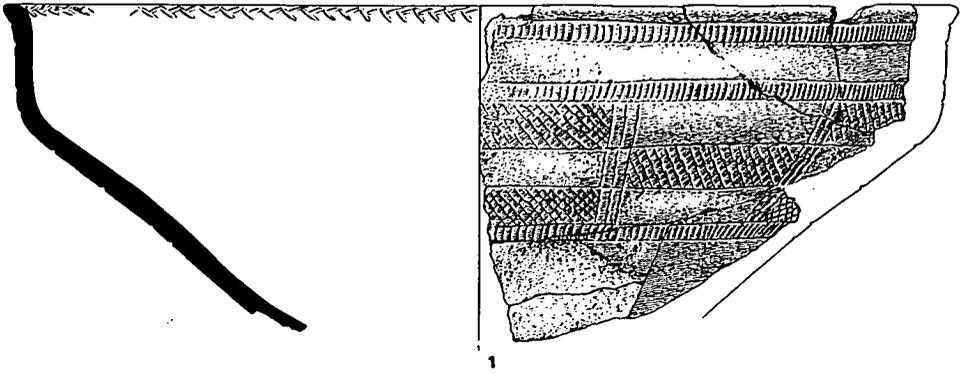
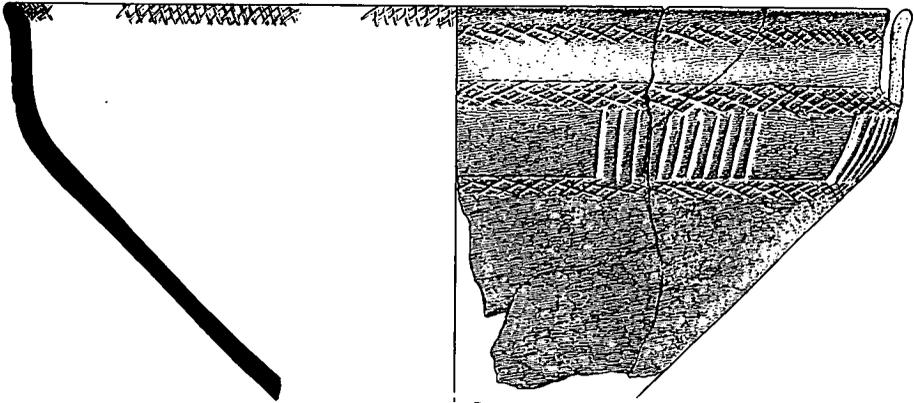


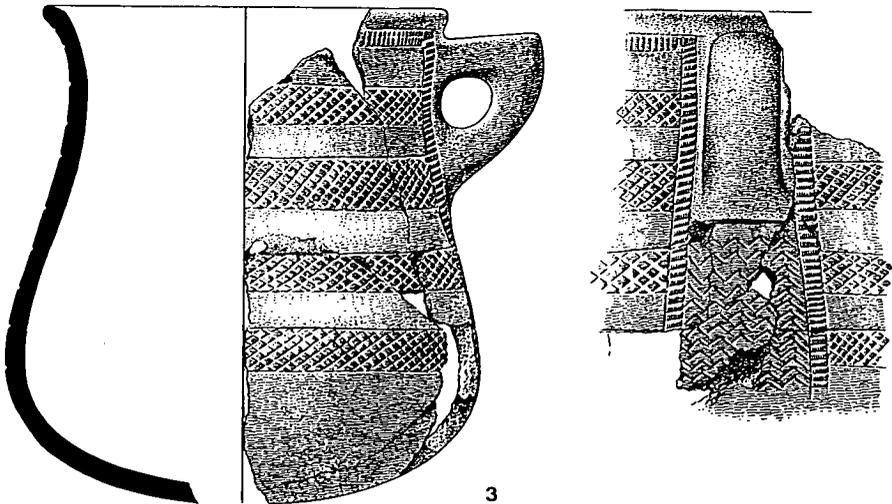
Fig. 16. Recipientes troncocónicos procedentes de las prospecciones realizadas en 1983.



1



2



3

Fig. 17. Vasos troncocónicos y «Jarra» —Prospecciones de 1983—.

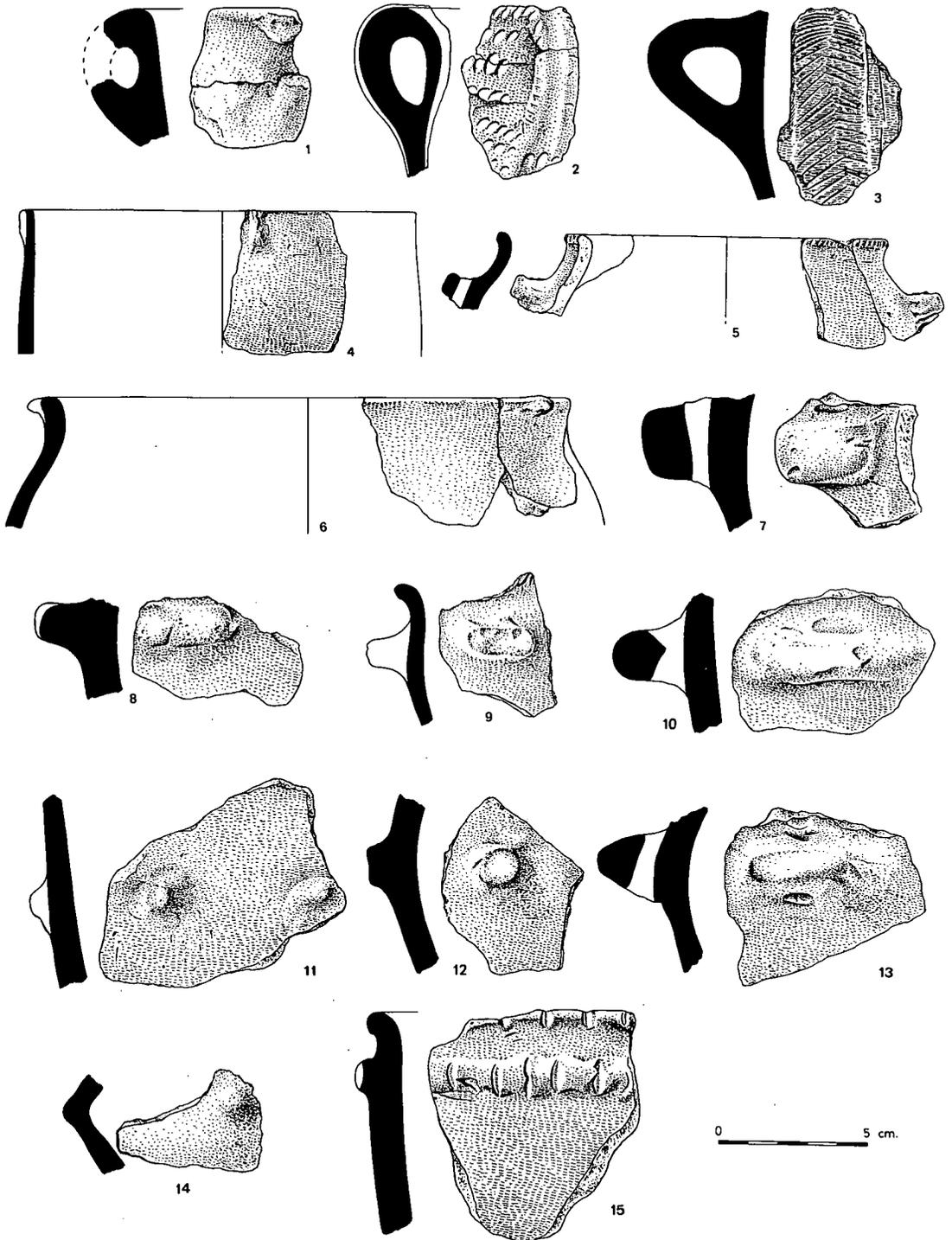


Fig. 18. Elementos de prensión y decoraciones aplicadas en cerámica común.

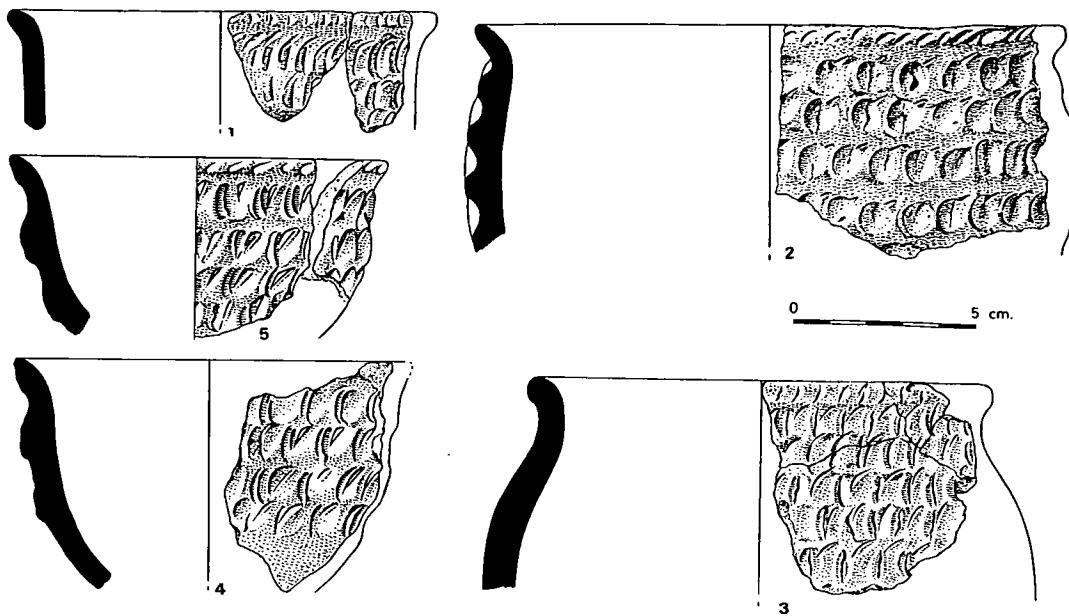


Fig. 19. Cerámicas comunes con decoración impresa. N.º 1 y 2 —Hoyo n.º 1—. N.º 3 —Hoyo n.º 4—. N.º 4 —Hoyo n.º 2—. N.º 5 —Hoyo n.º 6—.

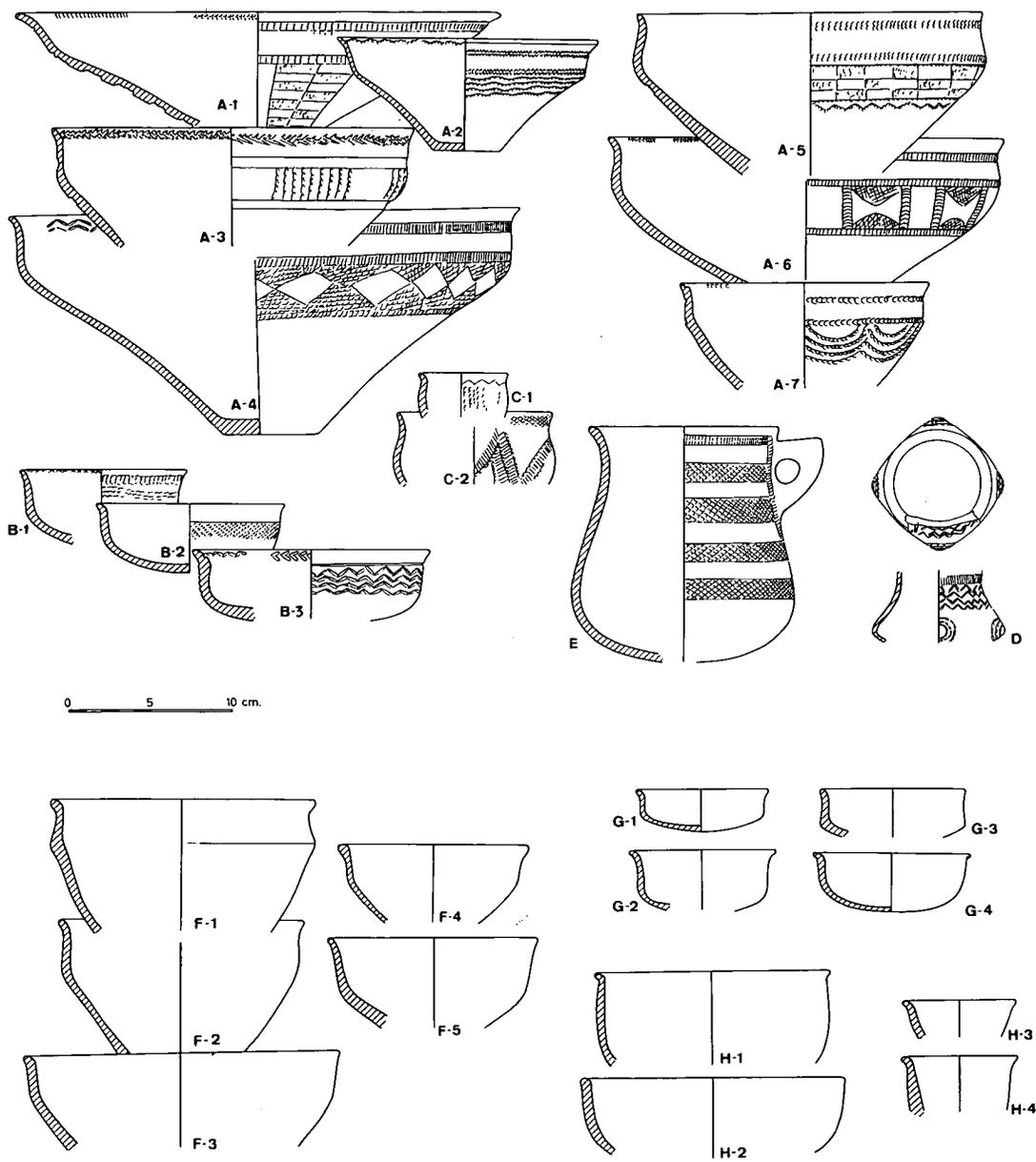


Fig. 20. Tabla de formas de las cerámicas finas decoradas y lisas.

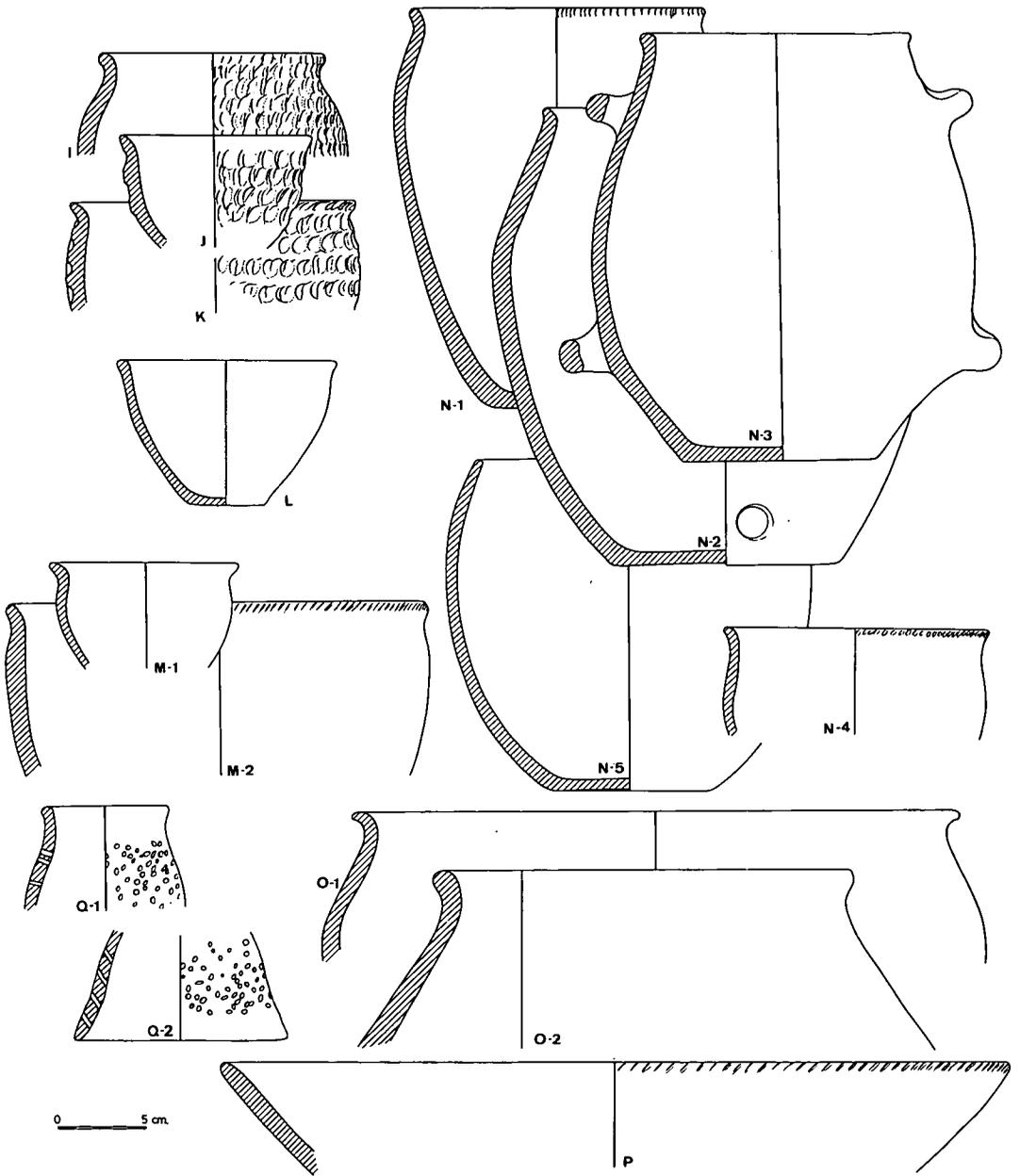


Fig. 21. Tabla de formas de la cerámicas groseras decoradas y lisas.